

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

ANA DE OZORES EN LA REGENTA

T E S I S

PARA OPTAR POR EL TITULO DE
LICENCIADA EN LETRAS ESPAÑOLAS .

X21A
1972
VEL

MARIA JOSEFA VELASCO LEON

MEXICO, D. F.

1972



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

I N D I C E

INTRODUCCION

I . ANA de OZORES .

II . ANA de OZORES y el MAGISTRAL FERMIN de PAS.

III . ANA de OZORES y DON VICTOR QUINTANAR .

IV . ANA de OZORES y DON ALVARO MESIA.

CONCLUSIONES .

INTRODUCCION

La narrativa en general y la novela en particular, domina el panorama literario europeo sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX, situada a la cabeza de los géneros literarios por su calidad y número de lectores. En esta época la novela pasó, de ser una mera distracción, a ser una obra de arte que además refleja la realidad en un mundo cambiante, oscilante, en que ésta es uno de los puntos claves. Es necesario conocer dicha realidad, adentrarse en ella, profundizar todas sus alternativas de vida para - estar con el siglo; siglo de posibilidades, de cambios de estructuras. El caso de este cambio se da en España con la Revolución de 1868 (caída de Isabel II),

El glorioso renacimiento de la novela española data de fecha posterior a la revolución de 1868. Y es que para reflejar como debe la vida moderna, las ideas actuales, las aspiraciones del espíritu del presente, necesita este género más libertad en política, costumbres y ciencia de la que existía en los tiempos anteriores a 1868.

Es la novela el vehículo que las letras escogen en nuestro tiempo para llevar al pensamiento general a la cultura común el germen fecundo de la vida contemporánea y fué lógicamente este género el que más y mejor prosperó después que respiramos el aire de la libertad de pensamiento (Solos pp. 71-2).

Las corrientes renovadoras europeas irrumpen en España y es particular la influencia de Alemania en esta época, a través de su pensamiento filosófico sobre todo el Krausista, que llevó a España Sanz del Río : " La filosofía en España era en rigor planta exótica : puede decirse que la trajo consigo de Alemania el i-lustre Sanz del Río (...)" La filosofía del siglo, la única que podía ser algo más que una momia, un ser vivo, entró en España con la influencia de las escuelas idealistas importada por el filósofo citado " (Solos p.69) .Esta corriente la supo captar muy bien Francisco Giner de los Ríos, fundador, con otros profesores, de la Institución Libre de Enseñanza que nació en el año de 1876. Dicha Institución fue creada con el objeto de tener en España una escuela donde, por primera vez, hubiera libertad de cátedra absoluta sin intervención ni de la Iglesia ni del Estado.

Leopoldo Alas, Clarín (1852-1901), pertenece de lleno a esta época. Como la mayoría de los jóvenes contemporáneos suyos, Clarín, busca insistentemente una solución a los problemas, a las crisis por las que atraviesa España. Nos dice

Esta juventud que hoy crece en España ávida de ejercicio intelectual, casi avergonzada de nuestro retraso científico, busca con más anhelo que discernimiento, las nuevas teorías, la última palabra de la ciencia, temerosa, más que del error, de que darse atrás, de no recibir en sus pasmados ojos los más recientes destellos del pensamiento europeo. (Solos p.91).

3

Un ambiente triste, o por lo menos de desaliento, invade la juventud española de esta época, pero es que España está en crisis, empieza a fraguarse el aparato de un cambio profundo .

Nuestra alma, negada por nosotros mismos, vive como planta descuidada en el fondo de nuestro ser ... (...) Pero es también muy común entre nosotros otro gran desaliento los más piensan que se muere nuestra raza . Se oye hablar todos los días de fatalidad histórica, de leyes de selección ... (...) y como nosotros nos sentimos débiles y una historia muy larga y borrascosa nos enseña que estamos viejos y gastados, nos parece inevitable la derrota, irremediable la consunción. (Solos, pp. 93-4)

Una posible solución la plantea el mismo Clarín en su crítica a Castelar cuando dice

Nada hace tanta falta a estas naciones hermanas (refiriéndose Clarín a Francia , España e Italia), como creer en su energía para ejercitar la voluntad, y unirse más cada vez para realizar juntas lo que la civilización exige de ellas. (Solos, p.94)

Esta idea está tomada directamente del Krausismo en el que los pueblos y los individuos tienen razón de ser en cuanto unidos para la consecución de un bien o fin común.

Una profunda transformación social, política, económica, está sucediendo en España y Clarín está consciente de ella. Una violenta sacudida de estructuras, cambios sociales, jerarquía de valores o una revalorización, se realiza en esta segunda mitad del siglo XIX. La Revolución va a tener repercusiones violentas. Empieza a advertirse que existen otras esferas sociales que las

4

aristócratas, que hay mentira, robo, perversión, y a señalarse, primero tímidamente y más tarde con toda fuerza, todas esas la cras de la sociedad. Ya se habla de una "injusticia distributiva", de trabajadores rebeldes que reclaman mejores maneras de vida, de igualdad, de repartos equitativos. Ya en La Regenta hay claras alusiones a los barrios pobres; cuando el Magistral, D. Fermín de Pas pasea su catalejo desde la torre de la Catedral observando a los vetustenses

El humo y los silbidos de la fábrica le hacían diri gir miradas recelosas al Campo del Sol; allí vivían los rebeldes; los trabajadores sucios, negros por el carbón y el hierro amasados con sudor; los que escuchaban con la boca abierta a los energúmenos que les predicaban igualdad, federación, reparto, mil absurdos, y a él no querían oírle cuando les ha blaba de premios celestiales, de reparaciones de ultratumba. (pp. 18-9).

El "aquí" y el "ahora" son los que se imponen en esta época y Clarín lo entiende bien, nos dice :

... el arte de nuestros días no es ya o no debe ser aquel fantasear espontáneo, exuberante, sin freno, medida ni propósito, que fue en no lejanos días; hoy el arte, sin abdicar su misión propia en todo tiempo, debe tender a secundar el movimiento general de la cultura, y sólo de esta suerte podrá ser digno de su noble destino (...) y no hay razón pa ra que el arte deje de llevar por el mismo camino su influencia, que siempre tiene que ser grande, por ley de su naturaleza y de la vida social entera. La novela ya va logrando penetrarse de este sentido; ya en ella desechan los autores más notables, por baladí y superficial la teoría del agrandar sin más fin, y los autores que más fama consiguen y merecen son los que, quizá con exageración, siguen en sus

5

obras las tendencias generales de la cultura, sin faltar por ello a las leyes estéticas, que imponen el arte, manera peculiar en el desempeño de esta misión, común a las varias manifestaciones sociales del espíritu (Solos, pp. 57-8).

En cuanto a la literatura, Alas fue primordialmente crítico y a esta actividad se refiere su mayor producción literaria; se dedicó a ella, más por su carácter analítico que por proponérselo.

En un principio Clarín se sintió atraído por la sátira periódica, la poesía y el teatro, por el pensamiento filosófico (especialmente por el krausismo). Pero el contacto con la obra de Pérez Galdós (el titán creador de la novela moderna española), le encauzó por el camino de crítico de novela (esta etapa se sitúa hacia fines de 1873, año en que se publican los primeros Episodios Nacionales de Galdós). Desde entonces es el género literario que más le interesa y a él le dedica artículos críticos. Su obra crítica sobre teatro y poesía falla un poco, no así su crítica de novela tan certera, que aún hoy día sus juicios, sobre todo cuando se trata de Pérez Galdós, son válidos.

Leopoldo Alas considera la novela superior en su época a los otros géneros literarios: "La novela no lo es todo en la literatura contemporánea- escribe en La Publicidad el 2 de Set. de 1893- aunque sí lo principal". (S.B. pp. 273). Para Clarín este género literario es el más adecuado para su época; así nos lo dice en 1884: "La literatura de la actualidad presente, la más

6

propia de la cultura que alcanzamos, en la novela " (L.A., C.L. p. 273). " Es providencial este florecimiento de la novela entre nosotros, auge y resurrección que nadie pone en duda dentro ni fuera de España " (Solos, p. 340) .

Clarín verá en la novela una forma de conocimiento de la realidad distinto del científico, pero superior a él en algunos as pectos, pues nos presenta la realidad como una totalidad. Encuentra en ella la libertad de expresión necesaria para reproducir la vida con todas sus complejidades. Pero la novela no debe limitar se a ser una simple reproducción, sino que además ha de presentar una visión estética de dicha realidad. El autor debe

procurar que los datos de la realidad se reflejen perfectamente en su obra, con todo su valor patético, su relieve y colorido, para que la impresión que él sintió ante la realidad puedan sentirla los lectores ante el arte. De esta manera es como puede el escritor realista, sin dejar de serlo, sin dejar la indispensable imparcialidad, trabajar por sus ideas, ser lo que se llama, con palabra poco exacta, trascendental. (L.A., C.L.p. 283).

No implica lo anterior la defensa de una novela de tesis; el escritor no defiende o ataca ninguna idea establecida a priori, se limita a reflejar una realidad, de ella el lector deducirá o no las consecuencias a que antes llegó el escritor.

Así como de la vida real unos sacan más enseñanza que otros, de las novelas, que deben ser copia de la vida real, pero no fragmentaria, sino de lo orgánico que hay en ella, unos sacan también más

7

enseñanza que otros, y el novelista cumple con su cometido, cuando de su obra se puede obtener por quien pueda-lecciones de que otros no tienen ni acaso necesidad. (Solos p.203).

Insiste el autor en que la novela refleje el " espectáculo completo de la vida " y aconseja, por ejemplo, al escritor Ortega Munilla que vaya a ella en busca de inspiración : " estudie, pues , aún más que los modelos, la vida: saque de sus entrañas los argumentos, luche en el arte por alguna idea, como debe luchar el artista, con lo bello ... " (Solos, p. 291).

En la séptima parte de su estudio Del Naturalismo, aparecida en La Diana el 1 de Mayo de 1882, afirma Clarín que

no es (la novela), uno de tantos géneros literarios limitados en un cuadro de la clasificación literaria a determinados asuntos. La novela es la manera omnicomprendiva del arte literario, aquella en que la ilusión de lo imitado llega a la mayor perfección posible en literatura, pues es imitación total de la vida, copiándola en todo su aparecer, en todo lo que es al presentarse como fenómeno al sujeto que sirve espectador, lo mismo en la realidad que en la obra literaria. (L.A., C. L. p. 284).

En toda la obra crítica de Clarín no se encuentra un intento de definición de novela, pero sí se inclina a que ésta debe nacer de la observación más que de la imaginación. Además analiza las partes integrantes de este género literario. Entre ellas señala como importante la composición. Las reglas para medir y exponer la acción, están en estricta relación con la realidad; todo lo que nos separe de ella ha de ser apartado de la composición; de ahí que

8

el autor no acepte la división de la obra en principio, desarrollo y fin, ya que si ha de representar la vida, ésta no puede medirse así: " el mundo (nos dice Clarín), no tiene composición pero visto por el artista se convierte en una experimentación necesariamente compuesta " (L.A. , C.L.p. 289).

Dice del drama algo también aplicable a la novela: " la unidad del drama debe, ante todo, fundarse en la unidad de la acción total de la vida, en el determinismo lógico de la convivencia social " (Solos , p. 61).

En esta experimentación o composición el artista no debe sacrificar la naturalidad en la acción :

Entre el arte de componer y el arte de la naturalidad en la acción - escribe en La Ilustración Ibérica, el 5 de Enero de 1887 -, debe sacrificarse, siempre que haya conflicto, el primero. (L.A. , C. L. p. 289).

La proporción pues, no entre las partes de la novela, sino entre la novela y la realidad, se convierte en la base de la composición; aquí puede incurrir el escritor en falta por exceso (exuberancia, la prolijidad de detalles, de copia, de minuciosidad de la vida), o por defecto (excesiva rapidez narrativa).

Respecto al lenguaje nos dice

las formas de expresión de que disponemos son moldes estrechos para los pensamientos de que han de ser vehículo (...) Mientras el asunto literario estuvo limitado a tan pequeña parte de la realidad:

9

mientras tantas y tantas cosas del mundo real y del mundo del pensamiento, no menos real a su modo, fueron materia vedada en literatura, pudo bastar el lenguaje vencional, hecho por retóricos. Pero si al fin el arte de escribir va a ser una forma más de la expresión de la verdad, y si va a poderse hablar de todo lo que hasta ahora se juzgó indigno de la literatura, no debe extrañar a nadie que sea deficiente no el habla castellana, considerada en su virtualidad, sino el grado de su desarrollo. (L.A., C.L. p. 293).

Defiende Alas la depuración del lenguaje con la consiguiente desaparición de la retórica, de los lugares comunes y de los giros prosaicos y huecos. Olvidar la retórica, para no pensar más que en los sucesos que se narran, lo que se describe y en lo que han de decir los personajes. Descripción, narración y diálogo son los tres puntos de apoyo de la novela con un común denominador: la naturalidad; claridad, sencillez, exactitud. Clarín es, a mi modo de ver, demasiado prolijo en detalles. El decía algo refiriéndose a la historia que se puede aplicar a su manera personal de novelar: "Yo soy amigo de los pormenores porque en ellos entiendo que está la esencia de las cosas, la explicación de la ley a que obedecen". (L.A., C.L.p. 296).

Otros aspectos preocupan también al autor, como por ejemplo el asunto o materia literaria o la realidad seleccionada por el autor, la acción, la perspectiva, la narración en primera persona o impersonal (Clarín prefiere esta última como vemos en sus narraciones largas como La Regenta, Su Unico Hijo; le parece más libre);

la ambientación adecuada, el marco debido correspondiente a sus personajes en una palabra el medio ambiente en que se desenvuelven: " no basta, ni en la novela ni en el drama, que los datos de observación parcial estén bien estudiados, es preciso que el ambiente en que hayan de vivir sea el suyo propio: si quereis estudiar los fenómenos de respiración en los peces, no los dejéis en el aire, donde esa respiración no tiene el medio propio serían seres de abstracción, fantasmas del sueño " (Solos, p.60)

En cuanto al estilo se topó Clarín con grandes problemas. Le parece muy importante dentro de la novela, pero se encontró con que la mayoría de los escritores lo habían descuidado, ya que en la narrativa, especialmente en la novela, se da mayor importancia al suceso que a la forma de expresión. Además los escritores del XIX no tenían tradición narrativa en prosa. Para el nuevo género, la novela, han de crear un nuevo lenguaje.

El lenguaje literario según está hecho entre nosotros a la hora presente, ofrece grandes obstáculos a la libre expansión del estilo natural, sencillo, expresivo y modesto. (L.A., C.L. p. 293).

Antes el mundo que se expresaba era limitado, bastaba el lenguaje convencional; pero el mundo está cambiando, aparecen nuevas ideas, partes hasta ahora no aludidas jamás en literatura y no es suficiente el grado de desarrollo al que ha llegado la lengua española :

Una de las mayores dificultades con que tropieza la novela en España, consiste en lo poco hecho y trabajado que está el lenguaje literario para reproducir matices de la conversación corriente. Oradores y poetas lo sostienen en sus antiguos moldes académicos defendiéndolo de los esfuerzos que hace la conversación por apoderarse de él; el terco régimen aduanero de los cultos lo priva de flexibilidad. Por otra parte la prensa, con pocas excepciones, no se esmera en dar al lenguaje corriente la acentuación literaria y de estas rancias antipatías entre lo retórico y la conversación, entre la academia y el periódico, resultan infranqueables diferencias entre la manera de escribir y la manera de hablar, diferencias que son la desesperación y el escollo del novelista. (L.A., C.L.p. 293).

Pero de todos los elementos de la novela es, sin duda alguna el personaje, al que concede mayor importancia Clarín; nos dice de la novela Miau de Pérez Galdós: " En las novelas conviene hacer lo que aquí hace Galdós, tomar como núcleo las personas, los individuos humanos ". (L.A., C.L.p. 284).

El núcleo de sus artículos de crítica literaria es el estudio de los caracteres. Sus críticas, muchas veces, pueden producir en nosotros la impresión de que una novela se compone de la suma de los personajes centrales y los secundarios; sin embargo, el autor nos hace la aclaración

No es la observación del carácter, ni la observación de lo que se ha llamado medio, hecha en abstracto, en consideración particular, lo primero que se necesita para reflejar en la novela, forma total de la literatura, el espectáculo completo de la vida. El novelista necesita ver algo más que el

desarrollo de un alma y un cuerpo de un hombre según su temperamento, y algo más que notar la relación que media entre el individuo y el mundo que le rodea. Saber copiar el mundo tal cual es en formas, en movimientos; saber imitar la probable combinación de accidentes ordinarios; saber copiar la solidaridad en que existen en la realidad los acontecimientos, los seres y sus obras, es lo esencial y primero. (S.B. pp. 285)

Al carácter lo presenta Clarín como un resultado de las propiedades individuales y de la influencia del medio ambiente sobre ellas : " no basta - nos dice en la crítica de La Desheredada, el estudio exacto, sabio, de un carácter, si no se le hace vivir entre las circunstancias que naturalmente deben rodearle ". (L.A., C. L. p. 286).

El carácter es lo principal ; refiriéndose al teatro, nos dice Clarín algo aplicable a la novela

Es lo principal el carácter, porque como el drama es la poesía plena de la humanidad, lo que interesa ante todo es la resultante de las propiedades humanas, como fuerza, en la connivencia social, influidas por el medio en que obran, y a la vez influyentes, : las propiedades humanas individualizadas, y en ese respecto indicado, constituyen el carácter, y esa es, en definitiva, la esencia de lo dramático. No hay en esto desprecio de la acción, como algunos estéticos suponen, sino que ésta no viene a ser sino la línea, como huella, que señala el carácter (Solos, p. 134)

Para crear verdaderos caracteres novelísticos (advierte Alas que un hombre vulgar sirve de protagonista " pero hay que ahondar en el hombre y traerlo y llevarlo un poco por el mundo"

S. B. pp. 287), hay que amarlos, transformarse en ellos y entrar en su interior, pero evitando que se parezcan al autor; el novelista ha de crear almas " pero no a su imagen y semejanza " (L.A., C. L., p. 288).

Cualquiera sirve para interesar siempre y cuando tenga algo de fondo, de profundidad : " Es cuanto a la conducta de un personaje se le quita la levadura del egoísmo, cualquiera que sea el móvil que le determine, aunque sea un ideal erróneo, es susceptible de interesar puramente y universalmente " (Solos, p. 312)

El personaje debe tener sus reacciones propias, debe irnos diciendo cómo es, pero él, no su autor; que éste no nos anticipe la naturaleza del o de la protagonista, es necesario que el personaje se sostenga, tenga vida propia. " No basta para que una figura es de trapo, ; cómo se ha de mover ! " (Solos, p. 320). Nos dice Clarín respecto al personaje de Pereda : Agueda en De tal palo, tal astilla : " El autor nos quiere convencer en muchos capítulos de su Agueda es la muchacha más instruida, discreta y católica de la montaña; y si lo será, porque nosotros no tenemos prueba de lo contrario; lo que negamos, yo por mí lo niego, es que Agueda sea una figura viva y bella, como en las obras literarias se necesita. Mucho alabarla el autor y ponerla en los cuernos de la luna, pero no pasa de ahí. Lo que dice Agueda no la hace verosímil" (Solos, p. 320).

De este párrafo deducimos que los personajes deben sostenerse por sí mismos, tener una consistencia vital que los haga responsables, solidarios con su personalidad y no que el autor, con paternal solicitud, los ande guiando de la mano y de paso también al lector.

Clarín considera esta introspección del novelista en el alma del personaje como un sexto sentido del arte literario y pone en ella una de las causas de superioridad de la novela sobre los otros géneros literarios. Vemos además un particular interés en sus consideraciones sobre los personajes femeninos (la mujer ha sido muy poco estudiada en la literatura española).

El más claro ejemplo lo encontramos en La Regenta cuyo personaje central será el tema del ensayo que a continuación presentamos.

La profundidad que muestra Clarín ante el aspecto psicológico de sus personajes, eje central de la novela, es la comprobación rotunda de sus concepciones teóricas respecto a la creación literaria.

ANA de OZORES

La primera lectura de la obra, debo confesarlo, me entre
gó una protagonista muy poco de mi agrado; una mujer nerviosa,
insatisfecha, con una pésima suerte, con una vida vacía y por
demás poco interesante. Fueron necesarias varias lecturas para
que yo tuviera al fin un encuentro cálido con la protagonista; al
acercarme a ella tratando de explicarme su absurda vida, encon
tré en este ser atormentado motivos de serios pensamientos; des
cubrí no ya un ser frustrado en anhelos de infinito, sino un ser
superior en lucha por esos anhelos, sólo que por caminos equiv
cados.

(La presentación que de Ana nos hace el autor es como un
flashazo, como una luz repentina arrojada desde lejos, un mero
atisbo en su mundo. Ana Ozores, mejor conocida como La Regenta
por estar casada con el ex regente de la ciudad, D. Víctor
Quintanar, es una mujer hermosa. Desde la primera vez se nos
dicen sus atributos. Es el Magistral, D. Fermín de Pas, quien
nos la descubre con sus catalejos (gusta de mirar desde la torre
de la catedral la vida de los vetustenses) ; los detiene en ella:
y nos la presenta como una mujer guapísima paseándose por su
huerta leyendo un libro.

16

}

De esta primera aparición deducimos su belleza física y su afición por la lectura). La descripción de la torre de la catedral, me sugirió el físico de la Regenta : " era maciza sin perder nada de su espiritual grandeza ... inimitable en sus medidas y proporciones ... " (p. 7)

Más tarde tenemos conocimiento de su recámara; corresponde a la indistreta Obdulia Fandiño, joven vetustense, darnos la descripción del cuarto de Ana; un cuarto sin ningún adorno, sencillo, como el de un estudiante. Pero ... el juego de sábanas era digno de una princesa; primer elemento de sensualidad; Ana no tiene como otras mujeres afición por adornos, por lujos, pero sí está rodeada de un ambiente sutil, intangible, de molición, de sensualidad; a los pies de su cama está una piel de tigre (envi dia de más de una vetustense) regalo de un inglés, inexplicable mente aceptado por quien no acepta ni la más leve insinuación. (La virtud de Ana es indiscutible entre los vetustenses).

De repente se sabe en Vetusta que la Regenta va a cambiar de confesor; D. Cayetano Ripamilán ha cedido a esta hija espiritual al Magistral, al joven D. Fermín de Pas. Este sugiere a la Regenta que en su primera confesión, haga confesión general o sea un recuento de las faltas y debilidades que haya tenido en toda su vida. Este incidente, al parecer sin importancia, nos va a permitir ahondar en el alma de la protagonista y echar una

ojeada en su infancia y juventud. Ana empieza en su recámara a hacer un repase de su vida : " Se acordó de que no había conocido a su madre. Tal vez de esta desgracia nacían sus mayores pecados. Ni madre ni hijos " . (p.51).

Una tristeza infinita embarga a esta mujer que ha nacido para tener una vida esplendorosa, plena, y que de pronto ve su vida vacía, inútil, sin rumbo fijo, sin interés en nada ni en nadie; una vida muelle aparentemente, pero cuyo ocio la conduce fatalmente al vacío. Ha transcurrido su infancia faltándole casi totalmente cariño (Huérfana de madre y su padre prácticamente le abandona también).

Su padre, primogénito de unos nobles pero arruinado económicamente, se casó con una humilde modista italiana, loco de amor; desgraciadamente la madre de Ana murió al nacer ella. Don Carlos, es un hombre instruído que " Amaba la literatura con ardor y era, por entonces, todo lo romántico que se necesitaba ser para conspirar con progresistas " (p.66); pero libre pensador, conspirador y poco estable.

La madre de Ana nunca fué aceptada en sociedad porque además de no ser noble, se dió por hecho que no era honrada como correspondía a una modista pobre. Es impresionante la evolución de la madre de Ana en la mente de los vetustenses después de muerta. Son los demás los que nos van devolviendo imágenes de nosotros

18

mismos; los que nos van permitiendo o impidiendo ser lo que quere
mos ser; pero además existe en esta transformación un elemento
importante : el tiempo. Es la evolución normal de la vida, el tiem
po actuando dentro de nosotros mismos lo que nos va cambiando.
No es necesaria muchas veces , para que la faceta diferente aparez
ca, que los personajes se relacionen , es también a través del
tiempo, del desarrollo interior de la personalidad que continúa mu-
chas veces después de muerto el personaje en la imaginación de
los demás. Este es el caso de la madre de Ana que con el tiempo
los vetustenses llegaron a hacer bailarina (como era italiana y po
bre y poco supieron de ella, decidieron con el tiempo que también
era bailarina). La fama de la madre de Ana creada artificialmente
por los vetustenses , afectará a ésta aún más que su ausencia.
Bien claro lo dice Clarín que la madre de Ana era " una humilde mo
dista italiana que vivía en medio de seducciones sin cuento, hon-
rada y pobre " (p. 64). Pues con este material, la sociedad se
construirá un personaje a la altura de sus mezquindades, acom-
daticio al momento (cuando Ana cometa adulterio lo primero que
se le recordará será su origen : " ; Es necesario aislarla !
¡ Nada, nada de trato con la hija de la bailarina italiana ! " (p.
669)

Total que de los defectos de Don Carlos " su hija fué la
víctima " (p.66) . Entregó la educación de Ana a una aya, seca

y dura; Doña Camila .

Era ésta una vieja hipócrita : " La hipocresía de doña Camila llegaba hasta el punto de tenerla en el temperamento, pues siendo su aspecto el de una estatua anafrodita, el de un ser sin sexo, su pasión principal era la lujuria "... (p.66). Con esta vieja, con sus aficiones torcidas vivirá Ana (compañía y educación que sólo logrará desorientar peor a la pobre niña).

Doña Camila entendía la educación únicamente con rigor, sin recompensa alguna, y más después que supo (versión por su puesto vetustense), el origen de Ana decía : " ... la ciencia de educar no esperaba nada bueno de aquel retoño de meridionales concupiscencias " (p.67) . Así recibió aquella niña de cuatro años, que no tenía a nadie en el mundo y decidió ser el palo seco y recto que necesitaba (según ella), una criatura de natural torcido : " El aya aseguraba que Anita necesitaba aquel palo seco junto a sí y estar atada a él fuertemente. El palo seco era doña Camila. El encierro y el ayuno fueron sus disciplinas " (p.68) . La acostaba siempre sin sueño y la niña que entonces era Ana se dormía llorando, acariciando con sus mejillas la sábana, buscando consuelo en lo blando del colchón :

Aquella blandura de los colchones era todo lo maternal con que ella podía contar; no había más suavidad para la pobre niña . (...) ... su pena de niña, la injusticia de acostarla sin sueño, sin

cuentos, sin caricias, sin luz, la sublevada todavía (...) ... había Ana sentido toda su vida nos talgia del regazo de su madre. Nunca habían oprimido su cabeza de niña contra un seno blando y caliente; y ella, la chiquilla, buscaba algo parecido dondequiera. (p.51) .

Un perro de lanas le proporcionaba su lomo suave y caliente; en los prados encontraba montones de hierba que le daban frescura y una sensación agradable de bienestar.

Conforme vaya creciendo, Ana buscará otras compensaciones .

Como nadie la consolaba al dormirse llorando, acababa por buscar consuelo en sí misma, contándose cuentos llenos de luz y de caricias (...) Poco a poco se había acostumbrado a esto, a no tener más placeres puros y tiernos que los de su imaginación. (pp. 51-2) .

Viene la sustitución del mundo real, cotidiano y prosaico, por el mundo ideal, el de la imaginación; suplantación de vida por literatura; de realidad por fantasía. Ana rechaza la realidad; su sensibilidad, su alma tierna, no encuentra en la fría realidad que le rodea, una compensación y entonces la evade; sobreviene una huida, un escape por medio de la imaginación que permite tener lo que se quiera y pensar lo que quiera uno que sea.

Ana que jamás encontraba alegrías, risas y besos en la vida se dió a soñar todo eso desde los cuatro años (...) La niña fantaseaba primero milagros que la salvaban de sus prisiones que eran una muerte, figurábase vuelos imposibles.

" Yo tengo unas alas y vuelo por los tejados-pensa

ba-; me marchó como esa mariposa "; y dicho y hecho, ya no estaba allí. Iba volando por el azul que veía allá arriba (...) ... estaba horas y horas recorriendo espacios que ella creaba llenos de ensueños confusos, pero iluminados por una luz difusa que centelleaba en su cerebro. (p.68)

Ana pues desde chica sustituirá la realidad con la fantasía; no fué dando los enfrentamientos necesarios en la vida (además no había recibido las armas para ello al no haber recibido nada). No tuvo un desarrollo normal en el que los acontecimientos, aunados a las enseñanzas, vayan templando el espíritu y madurando a la persona. Por eso no nos sorprende ver a Ana en babilonia cuando tiene que hacer un examen de conciencia; cualquier tarea que se le encargue la empezará a enmarañar con su fantasía, con la imaginación.

Recordando su infancia llega a poner el dedo en la llaga: " ... Aquel gran pecado que había cometido, sin saberlo ella, la noche que pasó dentro de la barca con aquel Germán, su amigo". (p.52) .

Le da rabia a la Regenta el recordar cómo le imputaron quien sabe qué falta, pero se detiene recordando el acontecimiento con todo lujo de detalles :

" ... apagó la luz ... y se encontró en la barca de Trébol, a medianoche, al lado de Germán, un niño rubio de doce años, dos más que ella..." (p.52)

Pero aún en este recuerdo, aún en esto que fué real, in-

terviene la imaginación de Ana manejándolo a su antojo .

La R. recordaba todo esto como va escrito, incluso el diálogo (entre Germán y ella) pero creía que, en rigor, de lo que se acordaba no era de las palabras mismas , sino de posterior recuerdo en que la niña había animado y puesto en forma de novela los sucesos de aquella noche. (p. 54) .

Pasar la noche en una barca, a los diez años, con un niño de doce, lo calificó la sociedad de atroz : " Desde entonces la trataron como a un animal precoz ". (p.55) .

Doña Camila, después de la aventura de Ana en la barca, dió rienda suelta a sus despechos (ella contaba con seducir a don Carlos y éste no la miraba siquiera), y como teniendo después de lo ocurrido, cartera abierta se dedicó a pregonar la naturaleza " corrompida " de Anita :

" - ' Como su madre ! - decía a las personas de confianza - Improper, improper ! ! Si ya lo decía yo ! El instinto....., la sangre ... No basta la educación contra la naturaleza ".
Desde entonces educó a la niña sin esperanzas de salvarla, como si cultivara una flor podrida ya por la mordedura de un gusano. (p.70) .

Sigue el recuento de su vida; llega a la conclusión de que es vacía y estúpida, sin sentido, pero una vez más interviene la imaginación y Ana dice

" La monotonía, la insulsez de esta existencia es aparente; mis días están ocupados por grandes co

sas; este sacrificio, esta lucha es más grande que cualquier aventura del mundo (p.55).

Esta mentira no logra calmarla mucho, sabe que su vida ha sido y sigue siendo una larga cadena de incomprensiones y calumnias, de injusticias; la sociedad la ha acosado siempre, la siente, la ve distinta, valiosa, y no lo soporta. Pocas o nulas armas le ha dado para la lucha y la Regenta está confundida. Mezcla todos los planos. Su intuición ha sido ahogada desde niña por la aventura de la barca (intuía ella que era bueno lo que hacía y no así la sociedad quien la condenó sin entender ella ni palabra); la realidad le ofrece pocas compensaciones en todos sentidos. Ana está fuera de clasificación y por lo tanto sin un asidero. Existe un abismo insondable entre el ser y el deber ser; Ana no logra conciliarlos pues no tiene la oportunidad de la libertad. Existe un conflicto; un ser tiene determinada vocación o inclinación, la presenta, la somete dijéramos a una votación, a un público, una sociedad; del apoyo o rechazo de ésta vendrá la realización o anulación de esa voluntad de vocación y con ella la del individuo. Hay seres fuertes (han recibido en libertad y responsabilidad, armas para ello), que en ese enfrentamiento con los que le rodean, si encuentran oposición, ésta no servirá sino de alimento para una mayor superación, para una mejor realización de su vocación. Pero desgraciadamente existen también seres débiles (o por naturaleza o por educación), que

si presentan su boleta ante el mundo y éste les dice NO la doblan (proceso inconsciente todo), y viven en perpetua frustración; éste es el caso de Ana, me parece. Las circunstancias todas de su vida han sido negativas, la sociedad le ha negado todo y lo poco que le ha dado ha sido destructivo, ¿ qué puede pues esperarse de ella cuando se enfrente a algún conflicto ? Su carácter ha sido ahogado, aniquilado antes de tener oportunidad de realizarse; su sensibilidad trastornada.

La sociedad tiende siempre a etiquetar, a titular, somos tantos que así es más fácil saber qué va a hacer cada cual. Pero este afán de etiquetar es más exacerbado aún en provincia dado que ahí el teatro es más reducido; ahí no pueden repetirse los papeles.

El episodio de su infancia, la aventura en la barca con Germán, sirvió a la Regenta para comprender lo que rige a la sociedad: la falsedad, las apariencias y la ley de la selva, la calumnia : " gracias a ella, (la aventura en la barca) aprendió a guardar las apariencias; supo, recordando lo pasado, que para el mundo no hay más virtud que la ostensible y aparatosa " (p.62).

A cambio de esta virtud que aparentó y realmente llegó a tener, la sociedad la ha obsequiado hasta ahora con admiración y respeto :

su alma se regocijó contemplando en la fantasía

el holocausto del general respeto, de la admiración que como virtuosa y bella se le tributaba. En Vetusta, decir la Regenta era decir la perfecta casada. Ya no veía Anita la estúpida existencia de antes. Recordaba que la llamaban madre de los pobres. Sin ser beata, las más ardientes fanáticas la consideraban buena católica. Los más atrevidos tenorios, fastidiosos por sus temeridades, bajaban ante ella los ojos, y su hermosura se adoraba en silencio.... (p. 62).

Dentro de esta vida absurda de diosa adorada pero no satisfecha, encuentra la Regenta una posibilidad de realización a través de los libros :

" La idea del libro, como manantial de mentiras hermosas, fué la revelación más grande de toda su infancia " (p. 68)

Leyó Ana y releyó sobretodo novelas de aventuras, epopeyas donde su imaginación encontraba campo abierto; de ahí se buscó un héroe que la trasladara a tierras lejanas, de moros (el héroe primero fué Germán, más tarde un apuesto joven imaginario, etc.) sustituyendo la realidad por la fantasía.

Así como en la infancia se refugiaba dentro de su fantasía para huir de la prosaica y necia persecución de doña Camila, ya adolescente se encerraba también dentro de su cerebro para compensar las humillaciones y tristezas que sufría su espíritu (...) El enemigo era más fuerte, pero a ella le quedaba aquel reducto inexpugnable (p. 88).

Mas tarde hasta esa satisfacción le procurará dolor ; encontrará un tormento en imaginar la vida y en soñar bellezas.

Comenzaba este componer constante, este imaginar sin tre-

gua por ser agradable entretenimiento y además halagaba su vanidad; pero al fin era un tormento (...) De todas suertes ella padecía mucho. Se le figuraba que toda la vida se le había subido a la cabeza; que el estómago era una máquina parada, y el cerebro un horno en que ardía todo lo que ella era por dentro. El pensar sin querer, contra su voluntad, algo complicado, original, delicado, exquisito, llegó a causarle náuseas y se le antojó envidiar a los animales, a las plantas, a las piedras. (p. 88).

Después de unos años, regresa el padre y se da cuenta del carácter huraño de su hija y decide educarla él mismo; despierte al aya y se dedica a enseñarle a su hija cuanta mitología hay y el arte clásico con todas sus bellezas; de estas enseñanzas sólo sacó impresiones puramente estéticas y posibilidades para su fantasía. Don Carlos decía : " yo quiero - concluía - que mi hija sepa el bien y el mal para que libremente escoja el bien por que si no, ¿ qué mérito tendrían sus obras ?" (p.73). Pero su padre causó en ella más desorientación que la que anteriormente tenía Ana ya que esa educación segunda no tuvo orden ni método alguno.

Existe además un daño más hecho a la protagonista desde su infancia; la desconfianza. Fue acusada y rechazada por una falta que ella no entendía en qué consistía entonces siembran en ella otro elemento negativo, la desconfianza. Todos ol-

vidaron más o menos pronto la aventura de la barca no así la pro
tagonista ;"

Cuando ya nadie pensaba en tal cosa, pensaba ella todavía, y confundiendo actos inocentes con verda
deras culpas, de todo iba desconfiando..." (L.R.
pp. 71).

Las consecuencias fueron una joven huraña, retraída, fría;

PORTADA
INDICE
1-14
106-122

ando se hallaba sola; en su cuarto,
hubo enseñado la mitología imagina
demás presentaba una apariencia ,
de ensoñaciones. Es un caos donde
más elemental. Su mundo bello no es
e hombres y mujeres son miradas con
reaba su mundo

abandonarse a sus instintos, a sus
timeras se había originado la nebulo
e la barca del Trébol , que la avergon
miraba con desconfianza y hasta re
al cuanto hablaba de relaciones entre
eres, si de ellas nacía algún placer,
fuese. Aquellas confusiones, mezcla de
ocencia, en que la habían sumergido
del aya y los groseros comentarios del
, se mostraron fría, desabrida, huraña para todo
lo que fuese amor, según se lo figuraba (p.73).

Antes de conocer el amor ya le ha traído problemas, de ahí
en adelante decidirá vivir sin él para que la dejen en paz; el con-
flicto surge cuando es todo su cuerpo y toda su alma los que le re-
clamen a gritos el amor.

Su trato, por otra parte con el elemento opuesto era prácticamente nulo. Después de la aventura de la barca, " Se la había separado sistemáticamente del trato íntimo de los hombres, como se aparta del fuego una materia inflamable" (L.R. p.74).

El único trato con el sexo opuesto es con los raros amigos de su padre, retraídos filósofos, eruditos que nunca han hablado con mujeres fuera de lo estrictamente necesario.

Más tarde en su búsqueda por los libros tuvo una revelación, su primer arranque místico, podríamos decir. Encontró en la biblioteca de su padre Las Confesiones de S. Agustín :

" Ana leía con el alma agarrada a las letras. Cuando concluía una página, ya su espíritu estaba leyendo el otro lado " (L.R. pp.75)

Hay un momento en que el libro le produce una especie de éxtasis :

Ana gritó, sintió un temblor por toda la piel de su cuerpo y en la raíz de los cabellos como un soplo que los erizó y los dejó erizados muchos segundos. Tuvo miedo de lo sobrenatural; creyó que iba a aparecersele algo....

Y lloró sobre Las Confesiones de S. Agustín, como sobre el seno de una madre. Su alma se hacía mujer en aquel momento. (p. 76)

La medida o apreciación de la Religión enseñada por su padre, será la estética :

" Probar la religión por la belleza le pareció la mejor ocurrencia del mundo " (p. 77) .

Con verdadera pasión compone versos a la Virgen en quien encuentra una madre; su religión, su piedad, se bambolearán más tarde pues están hechas de pura fantasía, de pura sensiblerías. Componiendo versos a la Virgen y leyéndolos en voz alta en la montaña sintió otra vez arrebatos místicos (¿ cómo no tenerlos si tiene una gran imaginación y no ha tenido jamás la oportunidad de desahogar su amor con nadie ?) .

La escasa comunicación con su padre, cuando por fin tuvo oportunidad de tratarlo, de quererle, cuando no se siente ya tan sola, tan abandonada, de pronto se ve cortada al morir D. Carlos repentinamente . A raíz de esta prueba tiene Ana su primera postración nerviosa que le lleva casi a la muerte : " Sintió un egoísmo horrible, lleno de remordimientos, . Más que la muerte de su padre le dolía entonces su abandono, que la aterraba. Todo su valor desapareció; se sintió esclava de los demás " (L.R. p 82) .

Ana vuelve a carecer de todo pues su padre la dejó sin su cariño, sin protección y sin herencia; vuelve a merced de unas amargadas tías hermanas de su padre que le harán el favor de tenerla en su casa.

Después de sus crisis nerviosas hay una transformación en la protagonista, surge una Ana hermosísima, reconocida y envidiada por toda la población; se le compara con la Venus del Milo, con la de Médicis, con una estatua griega en fin se le calificó de " be-

lleza extraordinaria " y

Cuando llegaba un forastero, se le enseñaba la torre de la catedral, el Paseo de Verano, y, si era posible, la sobrina de las Ozores. Eran las tres maravillas de la población (L.R. p.90).

Su belleza salvó a la huérfana (...) Ana era de la clase; la honraba con su hermosura, como un caballo de sangre y de piel de seda honra la caballería y hasta la casa de un potentado. (L.R. p.91)

La primera vez que es aceptada será por mérito ninguno, por su sola apariencia; la sociedad encuentra en ella un ejemplar digno de " la raza " .

Ana constata día a día su hermosura; se lo dicen todos y ella misma la ve. La joven empieza a tener suerte pero desgraciadamente como siempre, va a actuar bajo presión. Le están vedados ciertos sectores de la sociedad; por guapa no puede casarse con un noble siendo ella pobre, y no tiene tiempo de esperar un amor pues cada día se quejan más sus tías de la protección que le dan y no quiere seguir siendo una carga para ellas

Era verdad, era hermosa. Comprendía que ellos ardores que con miradas unos, con palabras misteriosas otros, daban a entender todos los jóvenes de Vetusta. Pero ¿ el amor-? ¿ era aquello el amor ? No, eso estaba en un porvenir lejano todavía. Debía de ser demasiado grande, demasiado hermoso para estar tan cerca de aquella miserable vida que la ahogaba, entre las necedades y pequeñeces que la rodeaban. Acaso el amor no vendría nunca; pero prefería perderlo a profanarlo. (p. 95) .

Acepta Ana el culto a su hermosura pero, espíritu superior

al fin, no hace caso a sus admiradores a quienes encuentra " enclenques de espíritu : " Para ella eran incompatibles el amor y cualquiera de aquellos nobles, audaces antes, cobardes ya ante su desdén supremo " (p.97).

Las tres clases sociales de Vetusta declararon que Anita era " excepción ", una " virtud efectiva " y que era " invulnerable". Ya la sociedad la ha etiquetado; le ha puesto su título y a éste debe rá corresponder en todo momento la huérfana.

Ana trataba a todo Vetusta, pero con los hombres habían sido poco íntimas y nada continuadas sus relaciones. Sólo Paco y Frígilis eran amigos de confianza. No era expansiva; su amabilidad invariable no animaba, contenía. (p. 263).

Anita encuentra a los jóvenes vetustenses figuras de manequí, enclenques de espíritu, las jóvenes aristócratas sosas, sin fondo alguno

- Ana observaba mucho . Se creía superior a los que la rodeaban, y pensaba que debía de haber en otra parte una sociedad que viviese como ella quisiera vivir y que tuviese sus mismas ideas. Pero entretanto Vetusta era su cárcel, la necia rutina, un mar de hielo que la tenía sujeta, inmóvil. Sus tías, las jóvenes aristócratas, las beatas, todo aquello era más fuerte que ella; no podía luchar, se rendía a discreción y se reservaba el derecho de despreciar a su tirano, viviendo de sueños (p. 99) .

Una vez más la realidad que rodea a Ana es más pobre que lo que su espíritu necesita; una vez más los sueños suplantarán la realidad, la fantasía será su recurso salvador por el momento; claro que

el choque con lo que le rodea, cuando tenga que enfrentarlo, será cada vez más fuerte.

Ana encontraba en el escribir o componer versos una gran satisfacción; pues bien, será una cosa más que le será negada, una frustración más en su ánimo; se le criticó y se le atacó duramente desde la frase irónica hasta el reproche abierto, mordaz, se le llamó Jorge Sandio, etc. La sociedad provinciana integrada por no pensantes, no soporta a nadie que piense y además que lo haga de una manera superior a lo común acostumbrado. Ese escape maravilloso, ese desfogue increíble, que Ana encontraba en sus versos donde creaba y gozaba con un mundo de amor y de hermosura, es cortado, aniquilado por una población que nada quiere saber de complicaciones ni de profundidades; un pueblo que quiere medidos a todos por el mismo rasero y al que colme la medida se le cortarían las alas. A nuestra protagonista la persiguieron a tal grado que acabó por sentirse ridícula y abandonar su tarea

La persecución en esta materia llegó a tal extremo, tales disgustos le causó su afán de expresar por es crito sus ideas y sus penas, que tuvo que renunciar en absoluto a la pluma; se juró a sí misma no ser "la literata", aquel ente híbrido y abominable de que se hablaba en Vetusta como de los monstruos as querosos y horribles. (p. 96).

Así las cosas, surge Don Victor Quintanar, caballero de unos 40 y pico de años, que aparece como la solución a no seguir siendo carga para sus tías, a tener una posición respetable y respetada de

todos. D. Víctor, ayudado por Crespo, amigo de la casa y por D. Cayetano Ripamilán, confesor de Anita, pide la mano de ésta para casarse con ella. Ana duda puesto que no siente por este señor respetable ningún amor ni cosa cercanamente parecida. Pero en de terminado momento no ve otra salida y se casa con D. Víctor. Sus relaciones con él las veremos más adelante.

Joaquín Orgaz, pollo vetustense, es el único que reconoce cierta superioridad en la Regenta, pero al mismo tiempo plantea la posibilidad de una caída : " Dice de ella :

Es una mujer hermosa, hermosísima; si ustedes quieren talento, digna de otro teatro, de volar más alto...; si ustedes me apuran diré que es una mujer superior, si hay mujeres así, pero al fín es mujer... (p. 118) .

Se rumorea ya que a Anita la pretende desde hace mucho, no obstante sea casada, el tenorio del pueblo D. Alvaro Mesía :
" Era preciso acabar con las preocupaciones del pueblo. ¡ La Regenta! ¿ Dejaría de ser de carne y hueso ? Y Alvaro siempre había sido irresistible...." (p. 118) .

" Era preciso acabar con las preocupaciones del pueblo," eso, eso es lo importante, el pueblo miserable de Vetusta reconoce la virtud de La Regenta porque no le queda otra, pero no la soporta, no le conviene tener una censura en su actitud a todos sus vicios. Alrededor de Ana existe un conjuro, un conjuro diabólico, el peor de todos, el de una sociedad podrida en la medio

cridad; si el común denominador es tal, pobre de aquel que logre superarlo; es la ley de la sobrevivencia, la ley de la selva y no hay peor selva que la de la ociosidad y la monotonía provincianas. Sus valores (dudo que los tengan), se están demeritando porque a su lado existe algo que sí vale la pena. Lo cierto es que Ana se ahoga en Vetusta y Vetusta desea que Ana se ahogue pero ya, definitivamente.

Pepe Ronzal, otro joven vetustense (quizás secretamente enamorado de la Regenta) sale a su defensa contra Joaquín O.:

" Pues miente quien tal diga - gritó Trabuco muy disgustado con la noticia - . Y ese señor don Juan Ténorio puede llamar a otra puerta, que la Regenta es una fortaleza inexpugnable." (p.123).

Después de su primera confesión general con el Magistral, la Regenta invita a Petra su sirvienta a salir por el campo, a correr, está feliz. Después de andar un poco por ahí, Petra se desaparece y Ana se sienta en las raíces de un castaño frente a una fuente y allí observa a un pajarillo que juguetea un buen rato, luego se detiene " como si deliberase" y levanta el vuelo en un instante. A la Regenta le sugiere esto la siguiente reflexión :

" Estos animalitos - pensó - sienten, quieren, y hasta hacen reflexiones... Ese pajarillo ha tenido una idea de repente; se ha cansado de esta sombra y se ha ido a buscar luz, calor, espacio. ¡ Feliz él ! Cansarse, ¡ es tan natural ! " (L.R. p. 166).

Sentimos en este comentario toda la angustia de vivir de esta pobre mujer condenada, teniendo alas, a vivir siempre en el suelo.

En el Magistral, su actual confesor, encuentra Ana un alma gemela que le comprende, un ser distinto a todos los que hasta ahora la han rodeado. De sus relaciones también hablaremos más adelante.

Ana está consciente de su propio valer y no se resigna con su suerte

¿ Por qué era ella aunque digna de otro mundo, nada más que una señora ex regenta de Vetusta? El lugar de la escena era lo de menos; la variedad, la hermosura, estaban en las almas ... (...) yo tengo espíritu y volaré con las alas invisibles del corazón, cruzando el ambiente puro, radiante de la virtud. (L.R. p. 170).

Pero ahí mismo, en el campo todavía vamos a ver el destino aciago de La Regenta; su vuelo imaginario hacia la virtud, hacia la pureza, a una vida elevada y grande, la destruye la presencia de un sapo, un desagradable y horrible sapo, que se le queda mirando despiadadamente hasta que Ana vuelve a la realidad con horror ante su presencia

Un sapo en cuclillas miraba a la Regenta encaramado en una raíz gruesa, que salía de la tierra como una garra. Lo tenía a un palmo de su vestido. Ana dió un grito, tuvo miedo. Se le figuró que aquel sapo había estado oyéndola pensar y se burlaba de sus ilusiones (...) El sapo la miraba con una impertinencia que le daba asco y un pavor tonto (p. 170).

Empieza Ana a sentirse inquieta ante el amor físico, o más

bien, ante la ausencia de amor; tiene veintisiete años y ni una so la vez, siendo casada, lo ha probado. Cuando van al campo ella y Petra ésta desaparece viendo a su ama ensimismada, y va con Anto nio un primo suyo que ama y del cual es correspondida (espera a casarse con él a que el molinero sea más rico y ella más vieja). Cuando Ana le llama y Petra viene un tanto revuelto el pelo y el tra je, la curiosidad de Ana no puede disimularse

Ana, sin saber por qué, sintió un poco de ira. " ¿ Co mo serían aquellos amores de Petra y el molinero ? ¿ Qué le importaba a ella ? ... " Pero la manera de mirar a Petra, estudiando los pormenores de su traje, algo descompuesto, la fatiga, que no podía ocultar, el sudor, el color de sus mejillas, revelaba una cu riosidad que quería ocultar en vano la Regenta. " Qu é había hecho en el molino aquella mujer ? " Este pen sa miento baladí, obsesión estúpida que era casi un do lor, absorbía toda la atención de Ana, a su pesar. (p. 170)

Y cuando, pasan de regreso a casa, por la calle de la " po bretería " (así llaman los contertulios de los Vegallana a la calle donde se reúnen después del trabajo modistillas, trabajadores, em- , pleados, etc. a decirse sus amores o por lo menos a requebrarse) , Ana no está tranquila, le inquieta presenciar algo nuevo para ella, algo a lo que quizá nunca tenga acceso.

Alguna otra vez había pasado la Regenta por allí a tales horas, pero en esta ocasión, con una especie de doble vista, creía ver, sentir allí, en aquel mon tón de ropa sucia, en el mismo olor, picante de la chusma, en la algazara de aquellas turbas, una for ma del placer del amor; del amor que era por lo visto una necesidad universal. También había cuchicheos

secretos, al óído entre aquel estrépito; rostros lánguidos, ceños de enamorados celosos, miradas como rayos de pasión... Entre aquel cinismo aparente de los diálogos, de los roces bruscos, de los tropezones insolentes, de la brutalidad jactanciosa, había flores delicadas, verdadero pudor, ilusiones puras, ensueños amorosos que vivían allí sin conciencia de los miasmas de la miseria (L.R. p. 173).

Sobreviene la inevitable comparación; una persona puede vivir en un encierro total, privada de todo lujo o amor pero si acaso sale, si llega a conocer otro mundo que ese suyo hasta ahora, difícilmente aceptará ya lo menos en vez de lo más. Ana ha vivido como en un convento, privada de todas las más honestas dulzuras del amor, hasta ahora no ha pedido más a la vida, pero una vez conseguida la estabilidad económica que buscaba para no ser más una carga para sus tías, joven, muy joven aún, reclama para sí, era de esperarse, el amor. (recuérdese a ese otro gran prisionero Segismundo que pudo vivir privado de todo antes de conocerlo pero no así después). Una profunda insatisfacción empieza a adueñarse de Ana, una peligrosa frustración se apodera de su ánimo. Dotada de una sensibilidad exquisita intuye, siente que debe haber en el mundo otra forma más pródiga, más dulce, más ardiente de vivir, que la que ella conoce a través del descuido de D. Víctor. Y volviendo a la " pobretería ",

Ana participó un momento de aquella voluptuosidad andrajosa. Pensó en sí misma, en su vida consagrada al sacrificio, a una prohibición absoluta del

placer, y se tuvo esa lástima profunda del egoísmo excitado ante las propias desdichas. " Yo soy más pobre que todas éstas. Mi criada tiene a su molinero, que le dice al oído palabras que le encienden el rostro; aquí oigo carcajadas del placer que causan emociones para mí desconocidas... " (p. 173).

Más adelante en el mismo paseo ve Ana enfrente de una confitería a unos niños pobres peleándose por el nombre de un dulce

También aquella escena enterneció a la Regenta. Siempre sentía apretada la garganta y lágrimas en los ojos cuando veía a los niños pobres admirar los dulces o los juguetes de los escaparates. No eran para ellos; esto le parecía la más terrible crueldad de la injusticia. Pero, además ahora aquellos granujas discutiendo el nombre de lo que no habían de comer, se le antojaban compañeros de desgracia, hermanitos suyos, sin saber por qué (L.R. p. 174).

¡ Exacto ! ¿ Para qué ver y saber qué es el amor, discutir o ponerle nombre a las delicias que el amor implica y que la Regenta adivina, si esas golosinas no son para ella ? Sí, esos niños son compañeros en su desgracia; para ellos como para la Regenta, hay delicias que no deben mirar siquiera porque nunca gozarán de ellas.

Le sorprende ya al final de su paseo una escena de celos y conoce la mirada ardiente que el joven encelado dirige a la amada infiel : " ¡ Así miraban los celos ! Era una belleza infernal, sin duda, la de aquellos ojos, pero ¡ qué fuerte, qué humana ! " (p. 173).

Ana creía ver en cada rostro la llama de la poesía. (...) con la imaginación iba juntando por parejas a hombres y mujeres según pasaban, y ya se le antojaba que vivía en una ciudad donde criadas, costureras y señoritas amaban y eran amadas por moline-

ros, obreros, estudiantes y militares de la reserva. Sólo ella no tenía amor; ella y los niños pobres que lamían los cristales de la confiterías eran los desheredados. Una ola de rebeldía se movía en su sangre, camino del cerebro. (p. 177).

La consideración, la valoración de lo que hasta ahora ha sido su vida le produce tristeza, pero ahora ya hay algo más, rebeldía; surge la rebelión ante una vida así y ante el espectáculo del amor, de la juventud gozando de él.

Regresa a su casa y, a los pocos días, rehusa una invitación de su marido y de la marquesa de Vegallana para ir al teatro; pocas diversiones tenía y además las que tiene se las niega ella misma; existe en Ana una especie de vocación al masoquismo, un principio de autodestrucción, de abnegación absurda, de sacrificio en vano, se siente en sus aspiraciones románticas una mártir frustrada. Se arrepiente de no haber ido al teatro

Todo Vetusta en aquel momento estaba gozando entre ruido, luz, música, alegría; y ella sola, sola, allí en aquel comedor oscuro, triste, frío, lleno de recuerdos odiosos o necios, huyendo la ocasión de dar pábulo a una pasión que halagaría a la mujer más presuntuosa (p. 184).

Es propio de la Regenta el estar siempre analizando detenidamente cosas en las que no vale la pena profundizar, en una palabra substituyendo la vida por el pensamiento. Esto la tortura pero en realidad no puede evitarlo, es en ella una segunda naturaleza.

¡ Pero bastaba, bastaba, por Dios, de pensar en aquello ¡ Se volvía loca. Aquel continuo estudiar

su pensamiento, acecharse a sí misma, acusarse, por ideas inocentes, de malos pensamientos, era un martirio. Un martirio que añadía a los que la vida le había traído y seguía trayendo sin buscarlos. Pero ¿ qué había de hacer sino cavilar una mujer como ella ? ¿ En qué se había de divertir ? ¿ En cazar con liga o con reclamo como su marido ? ¿ En plantar eucaliptus donde no querían nacer, como Frígilis ? "

En aquel momento vio a todos los vetustenses felices a su modo, entregados unos al vicio, otros a cualquier manía, pero todos satisfechos. Sólo ella estaba allí como en un destierro. " Pero, ¡ ay ! , era una desterrada que no tenía patria adonde volver, ni por la cual suspirar " (p. 185).

Es en este momento cuando Ana se plantea por primera vez la posibilidad de ser como los demás, de participar en su mundo. Este sentimiento se irá ahondando cada vez más y descubrirá hasta en el menor de los detalles la vaciedad de su vida y la necesidad de cambiar.

La labor de toda la población por igualarla, empieza a hacer mella en la misma Ana : " ¿ Por qué no había de hacer lo que todas las demás ? " (p. 185). Ya la duda empieza a corroerle el alma, la duda de hacer mejor lo más fácil, el seguir la corriente.

Alrededor de ella empieza a sentirse un ambiente de conmiseración, o más bien ella empieza a creárselo, a imaginárselo hasta en la naturaleza.

... los eucaliptus de Frígilis, inclinando leve y majestuosamente las copas, se acercaban unos a otros, cuchicheando, como diciéndose discretamente lo que pensaban de aquella loca, de aque-

lla mujer sin madre, sin hijos, sin amor, que habia jurado fidelidad eterna a un hombre que prefería un buen macho de perdiz a todas las delicias conyugales. (p. 186).

Ana está captando ya toda su absurda existencia unida a un hombre viejo al que no quiere en realidad como marido. Pero su estado de desolación es alarmante pues la rodea un ambiente depresivo; ella encuentra en la naturaleza, en vez de motivos alegres de vivir, depresión, conmisericordia.

" ¡ Qué hermosa noche ! Pero ¿ quién era ella para admirar la noche serena ? ¿ Qué tenía que ver toda aquella poesía melancólica de cielo y tierra con lo que le sucedía a ella ? (p. 188).

No se cree con derecho a gozar ni lo más legítimo.

El clima de Vetusta por demás malo, contribuye en gran parte a aumentar la pesadumbre de Ana. Casi todos los vetustenses se resignaban y seguían haciendo más o menos su vida normal, pero

Ana Ozores no era de las que se resignaban. Todos los años al oír las campanas doblar tristemente el día de los Santos, por la tarde, sentía una angustia nerviosa que encontraba pábulo en los objetos exteriores, y sobre todo en la perspectiva ideal de un invierno húmedo, monótono, interminable, que empezaba con el clamor de aquellos bronces (las campanas llamando) (p. 323).

Sus furias, sus rabias, sus frustraciones, empiezan a tener un objeto localizado, empiezan a delimitarse, a delinearse en el perfil inocente de su marido. Esa noche en que Ana esta triste,

melancólica, sin rumbo fijo ó más bien orientándose hacia lo negro, sale de su cuarto y a oscuras se dirige por el caserón; de repente una trampa de caza de su marido le prensa el brazo con gran dolor y más aún el dolor del ridículo : " Le dolía el brazo. Le dolía con el escozor moral de las bofetadas que deshonran. Le parecía una vergüenza y una degradación ridícula todo aquello. Estaba furiosa ". ¡ Su Don Víctor ! ¡ Aquel idiota ! Sí, idiota; en aquel momento no se volvía atrás " (p. 188).

Hace tres años que Ana vive entre su marido y su amigo de caza, un par de sonámbulos que no piensan más que en la naturaleza y en los animales : Ana se rebela, su furia contenida hasta ahora estalla cuando le es cogido el brazo con esa trampa de su marido. " Bastaba, bastaba, no podía más; aquello era la gota de agua que hace desbordar... ¡ Caer en una trampa que su marido coloca en su despacho como si fuera el monte ! ¿ No era esto el colmo de lo ridículo ? " . (p. 189).

Todo se le viene de golpe a la Regenta, y no es que las cosas sucedan así, sin más han venido fraguándose por años, con hechos dolorosos, con decepciones, con frustraciones; en el subconsciente va quedando todo o más bien la ausencia de todo y un día sale a flote y su desbordamiento es ya irremediable. La Regenta no ha recibido nada, o prácticamente nada como hija, como sobrina y ahora

menos como esposa. Su luna de miel la pasó totalmente en blanco, así pues no es nada de sorprender que un día esta mujer, toda sensibilidad capte en toda su triste dimensión toda su absurda y ridícula existencia

... ella se moría de hastío. Tenía veintisiete años, la juventud huía; veintisiete años de mujer eran la puerta de la vejez, a que ya estaba llamando... Y no había gozado una sola vez esas delicias del amor de que hablan todos, que son el asunto de comedias, novelas y hasta de la historia. El amor es lo único que vale la pena de vivir, había ella oído y leído muchas veces. Pero ¿qué amor? ¿Dónde estaba ese amor? Ella no lo conocía. Y recordaba, entre avergonzada y furiosa, que su luna de miel había sido una excitación inútil, una alarma de los sentidos, un sarcasmo en el fondo..." (...) ¡ Lo que aquello era y lo que podía haber sido; Y en aquel presidio de castidad no le quedaba ni el consuelo de ser tenida por mártir y heroína. (p. 189).

Las perspectivas pues no son nada halagadoras, la Regenta se ve a sí misma precipitada en el abismo de la vejez sin haber gozado en su vida de nada; ve en toda su deprimente dimensión hacia donde va si continúa con su marido : " la vejez, la vejez triste, sin esperanzas de amor (...) Ana vio que la luna era la que corría a caer en aquella sima de oscuridad, a extinguir su luz en aquel mar de tinieblas " . .

" Lo mismo era ella ; como la luna, corría solitaria por el mundo a abismarse en la vejez, en la oscuridad del alma, sin amor, sin esperanza de él ...
¡ Oh, no, no, eso no ¡" Sentía en las entrañas gritos de protesta, que le parecía que reclamaban con suprema elocuencia, inspirados por la justicia, de-

rechos de la carne, derechos de la hermosura. Y la luna seguía corriendo, como despeñada, a caer en el abismo de la nube negra que la tragaría como un mar de betún. Ana, casi delirante, veía su destino en aquellas apariencias nocturnas del cielo, y la luna era ella, y la nube la vejez, la vejez terrible, sin esperanza de ser amada. (p. 190).

Advertimos ya las cualidades melodramáticas de nuestra protagonista, no sufre un dolor normal, no se lamenta de su suerte como pudiera hacerlo otra cualquier mujer, no, Ana, tiene que retorcerse de dolor a la luz de la luna, verse precipitada en la negrura de una nube, correr como una loca, los cabellos al viento por todo el parque, ver fantasmas de terror, sombras vagas que buscan torturarla. Todo a su alrededor es fantasmal : la silueta misma de la torre de la catedral, siempre rodeada por las noches de infinidad de estrellas, no es ahora para la Regenta otra cosa que un " fantasma puntiagudo ; más sombra en la sombra " .

Para esta escena dantesca, y Ana ve como salvación a su vida vacía que dos hombres se la disputan : el Magistral para el reino espiritual; Mesía para su propia satisfacción. Su orgullo está satisfecho :

... aquellos dos hombres mirándose así por ella, reclamando cada cual con distinto fin la victoria, la conquista de su voluntad, eran algo que rompía la monotonía de la vida vetustense, algo que interesaba, que podía ser dramático, que ya empezaba a serlo. El honor (...) estaba a salvo, ya se sabe, no había que pensar en él. (p. 278) .

La perspectiva ya no es tan negra como antes; la Regenta conoce el amor de años ha que le tiene D. Alvaro; y el Magistral, de fijo, estaba interesada en llevar a esa hija espiritual suya a la más alta virtud

Ambos le parecieron a la Regenta hermosos, interesantes (. . .) los dos pensaban en ella, era seguro; don Fermín como un amigo protector, el otro como un enemigo de su honra, pero amante de su belleza. Ella daría la victoria al que la merecía, al ángel bueno, que era un poco menos alto, que no tenía bigote-que siempre parecía bien -, pero que era gallardo, apuesto a su modo, como se puede ser debajo de una sotana. Se tenía que confesar la Regenta, aunque pensando un instante nada más en ello, que le complacía encontrar a su salvador, tan airoso y bizarro, tan distinguido. . . (pp. 277-8)

Su vida de ahora en adelante no será tan árida, estará entre dos fuegos a cual más interesantes; tendrá alguien que le preste atención, que se preocupe por ella ya que tan poco lo hace su marido.

Pero muy pronto vuelve a invadirla el hastío, cuando viene el invierno y ella está sola en el frío y oscuro comedor del caserón; su marido se ha ido al casino dejando un puro a medio fumar

Todo esto miraba la Regenta con pena, como si fuesen ruinas del mundo. La insignificancia de aquellos objetos que contemplaba le partía el alma; se le figuraba que eran símbolo del universo, que era así ceniza, frialdad, un cigarro abandonado a la mitad por el hastío del fumador. Además pensaba en el marido incapaz de fumar un puro entero y de querer por entero a una mujer. Ella era también como aquel cigarro, una cosa que no había servido para uno y que ya no podía servir para otro. (pp. 323-4).

El tañir de las campanas anunciando el día de muertos, le pa-

recía Ana que " no eran fúnebres lamentos, no hablaban de los muertos, sino de la tristeza de los vivos, del letargo de todo; ¡ tan, tan, tan ¡. ¡ cuántos ¡; ¡ cuántos ¡, ¡ y los que faltaban ¡ ¿ Qué contaban aquellos tañidos ? Tal vez las gotas de lluvia que iban a caer en aquel otro invierno. " (p. 324) .

Luego lee unos versos sobre la fugacidad de la vida, sobre la virtud, la otra vida y los encuentra pésimos : " Aquello era también un símbolo del mundo; ¡ las cosas grandes, las ideas puras, bellas, andaban confundidas con la prosa y la falsedad y la maldad, y no había modo de separarlas; " (p. 324). En esa frase se resume la tragedia de la Regenta : lo que ella consideró bello, grande, noble, siempre fué malinterpretado, falseado, castigado. Además ella no va a encontrar dentro de la prosa de su aburrida y monótona vida la clave para una vida plena, llena de luz, con intereses en los demás. Recuerdo una frase de Rainer Ma. Rilke en Cartas a un joven poeta, se queja el poeta de que no escribe poesía porque su mundo es demasiado ruin, pobre, a esto Rilke contesta

Si su vida cotidiana le parece pobre, no la culpe, cúlpese usted; dígame que no es bastante poeta para suscitár sus riquezas. Para los creadores no hay pobreza ni lugar indiferente. (Cartas a un joven poeta) (p.25).

Pero continúa la cita diciendo dónde encontrar poesía : en

la infancia propia : " Y aun cuando usted estuviese en una prisión cuyas paredes no dejasen llegar hasta sus sentidos ninguno de los rumores del mundo, ¿ no le quedaría siempre su infancia, esa riqueza preciosa, imperial, esa arca de los recuerdos ?" (p. 26 op. cit.)

El mundo que rodea a Ana es deplorable en todos sentidos, Rilke, con una maravillosa intuición recomienda que cuando nuestro mundo se nos aparezca negro, recordemos nuestra infancia y Ana la tiene espantosa, deprimente, entonces ¿ qué salida toca o queda a esta creatura para crear poesía, para salir aunque sea tan sólo adelante ?

Ana así, desprovista de toda posibilidad de crear poesía, de ver riqueza, en el mundo que le rodea prosigue su marcha autodestructiva, su alocada carrera hacia su destrucción

Como otras veces Ana fué tan lejos en este vejamen de sí misma, que la exageración la obligó a retroceder y no paró hasta echar la culpa de todos los males a Vetusta, a sus tías, a d. Víctor, a Frígilis; y concluyó por tenerse aquella lástima tierna y profunda que la hacía tan indulgente a ratos para los propios defectos y culpas (p. 325)

Sin ocupación ya no digamos interesante, sino simplemente sin ocupación, sin un marido que le de ni le exija nada, sin amigas, evadiendo la realidad, suplantándola por todo lo imaginable, sin hacerle frente a su vida vacía, es lógico que todo lo

que le rodea lo encuentre deleznable, vacío, abominable

Ana aquella tarde (día de muertos) aborrecía más que otros días a los vetustenses; aquellas costumbres tradicionales respetadas sin conciencia de lo que se hacía, sin fe ni entusiasmo, repetidas con mecánica igualdad, con el rítmico volver de las frases o los gestos de un loco; aquella tristeza ambiente que no tenía grandeza, que no se refería a la suerte incierta de los muertos, sino al aburrimiento seguro de los vivos, se lo ponían a la Regenta sobre el corazón, y hasta creía sentir la atmósfera cargada de hastío, de un hastío sin remedio, eterno. (pp. 325-6)

De lo que estaba convencida era de que en Vetusta se ahogaba; tal vez el mundo entero no fuese tan insoportable pero lo que es de Vetusta, con razón se podía asegurar que era el peor de los posibles. (p.332) .

Desde la aparición de D. Alvaro en su vida (sin corresponderle ella por supuesto a nada todavía), el humor de Ana ha cambiado. Asiste al teatro ella que nunca iba, llega a él y recibe satisfecha la adoración, la admiración del público. Esta acostumbrada a su mirada curiosa. Pocas veces aparece ante él y su fama de hermosa desea corroborarla el público que pocas oportunidades tiene de hacerlo; Ana jamás les prestaba atención, es más le molestaba esa curiosidad por su persona,

Pero la noche de aquel día de Todos Los Santos, recibió con agradable incienso el tributo espontáneo de admiración, y no vió en él, como otras veces, curiosidad estúpida, ni envidia ni malicia. Desde la aparición de don Alvaro en la plaza, el humor de Ana había cambiado, pasando de la aridez y el hastío negro y frío a una región de luz y calor

que bañaban y penetraban todas las cosas (p.338).

Ana encuentra en la religión una explicación de toda su absurda vida, pero su religión es muy especial, cree en una atención directa y exclusiva de Dios, como si no existiera otra creatura en el mundo más que ella

creía en una atención directa, ostensible y singular de Dios a los actos de su vida, a su destino, a sus dolores y placeres; sin esta creencia no hubiera sabido resistir las contrariedades de una existencia triste, sosa, descaminada, inútil. Aquellos ocho años vividos al lado de un hombre que ella creía vulgar, bueno de la manera más modesta del mundo, maniático, insustancial; aquellos ocho años de juventud sin amor, sin fuego de pasión alguna, sin más atractivo que tentaciones efímeras, rechazadas al aparecer, creía ella que no hubiera podido sufrirlos a no pensar que Dios se los había mandado para probar el temple de su alma y tener en qué fundar la predilección con que la miraba. Se creía en sus momentos de fe egoísta admirada por el ojo invisible de la Providencia. El que todo lo ve y la veía a ella estaba satisfecho, y la vanidad de la Regenta necesitaba esta convicción para no dejarse llevar de otros instintos, de otras voces que, arrancándola de sus abstracciones, le presentaban imágenes plásticas de objetos del mundo amables, llenas de vida y de calor (p. 339).

La consideración de todos sus males, de todas sus desdichas va minando la naturaleza, la fuerza espiritual de la Regenta y más desde que vio a Mesía aparecer en la plaza, desde entonces

no vaciló en creer lo que le decían voces interiores de independencia, amor, alegría, voluptuosidad pura, bella, digna de las almas grandes. Sus horas de rebelión nunca habían sido tan seguidas, Desde aquella tarde ningún momento había dejado de pensar lo mismo; que era absurdo que la vida pasase como

una muerte, que el amor era un derecho de la juventud, que Vetusta era un lodazal de vulgaridades, que su marido era una especie de tutor muy respetable, a quien ella sólo debía la honra del cuerpo, no el fondo de su espíritu, que era una especie de subsuelo, que él no sospechaba siquiera que existiese... (Y la resolución de amar es ya inminente) " Amaré, lo amaré todo, lloraré de amor, soñaré como quiera y con quien quiera; no pecaré mi cuerpo, pero el alma la tendré anegada en el placer de sentir esas dos cosas prohibidas por quien no es capaz de comprenderlas. (p. 339).

Adopta la Regenta la solución, el camino más fácil, el de dejarse ir; piensa que no ha de contaminarse, que ha de detenerse en el bordo mismo del abismo, sobrestima sus fuerzas y el egoísmo y el orgullo son los que peor se pagan en este mundo. Para envenenar el cuerpo es preciso antes envenenar el alma, debilitarla, no se llega a todo de la noche a la mañana, poco a poco, consintiendo imágenes torpes, infidelidades del pensamiento, es como se llega, sin sentir, a la falta también del cuerpo. Las concesiones desde un principio no se harán esperar, accede ir al teatro sabiendo que allí encontrará a d. Alvaro y que ya no lleva el ánimo tan rígido como antes respecto a él. Va pues al teatro e inmediatamente se transporta a la época del d. Juan que es la obra a que asisten; piensa que quizá a ella lo que le pasó es que se atrasó de siglo y debió de haber nacido en época tan formidable donde galanes audaces pasan infinitud de peligros por conseguir su amor. El acto en que Dña. Inés recibe una carta de amor de D. Juan conmovió hasta las lágrimas a la Regenta. La novicia que actuaba en ese momento era de un parecido formidable con ella,

y además la Regenta sabía que esta mujer estaba casada (en la vida real), con Don Juan, en secreto y por amor. Esto ya rebasa los límites de la cordura (nunca tuvo mucha Ana), y da una definición de amor en el paroxismo de la exaltación

¡ Ay! Sí, el amor era aquello, un filtro, una atmósfera de fuego, una locura mística, huir de él era imposible; imposible gozar mayor aventura que saborearle con todos sus venenos. Ana se comparaba con la hija del Comendador; el caserón de los Ozores era su convento, su marido la regla estrecha de hastío y frialdad en quien ya había profesado ocho años hacía... y don Juan ... ¡ Don Juan aquel Mesía que también se filtraba por las paredes, aparecía por mi lagro y llenaba el aire con su presencia ¡ (pp.346-7)

Ya ve ella misma el peligro, lo advierte pero no es capaz de aceptarlo; atenta a la escena como si se tratara de su propia vida Ana se queda en suspenso : " ¿ Representaba aquello lo porvenir? ¿ Sucumbiría ella como Doña Inés ? ¿ caería en los brazos de don Juan loca de amor? No lo esperaba; creía tener valor para no entregar jamás el cuerpo, aquel miserable cuerpo que era propiedad de don Víctor , sin duda alguna " [p. 349).

Tiene más tarde propósitos de virtud, de poética religión, pero Vetusta la ahoga con su ambiente taciturno, monótono : "
¡ cuán difícil era admirar la creación para elevarse a la idea del Creador en aquella Encimada taciturna, calada de humedad hasta los huesos de piedra y madera carcomida; de calles estrechas, cubiertas de hierba (...) allí símbolo de abandono, lamidas sin ce

sar por las goteras de los tejados, de monótono y eterno ruido "
(pp. 374-5).

Tiene crisis nerviosas, reflexiones sobre la vida otra vez empapadas de desaliento; su vida es un oscilar entre la eufórica, loca alegría por el motivo más baladí, a la depresión más honda; busca entusiasmarse y lo logra momentáneamente por tal o cual actividad sobre todo religiosa o piadosa. Pero logra también captar su esencia: un desgajamiento entre su alma y su cuerpo; pidiendo, reclamando éste placeres inalcanzables; defendiendo aquélla alturas insospechadas. Una tarde de convalecencia de una de sus crisis nerviosas, sola en su cuarto reflexiona :

" Estoy sola en el mundo ". Y el mundo era plomizo amarillento o negro, según las horas, según los días; el mundo era un rumor triste, lejano, apagado, donde había canciones de niñas, monótonas, sin sentido (...) Las gentes entraban y salían en su alcaoba como en el escenario de un teatro, hablaban allí con afectado interés y pensaban en lo de fuera : su realidad era otra, aquello la máscara. Nadie amaba a nadie. Así era el mundo y ella estaba sola. Miró a su cuerpo y le pareció tierra. " Era cómplice de los otros, también se escapaba en cuanto podía; se parecía más al mundo que a ella, era más del mundo que de ella ". " Yo soy mi alma ") p. 397).

En estos momentos de desamparo vuelve los ojos a Dios para no sentirse sola pero es esto lo que falla, su religión es de sensiblería : " ... ella siempre había amado más que creído (:..) Ana estaba sintiendo que la fantasía había tenido en su piedad más influencia de la que conviniera para la solidez de aquel edificio. "

(P. 529) .

Cuando se siente bien físicamente busca en la religión la estética, cuando se siente sola y desvalida busca en la religión un padre. Todas sus manifestaciones religiosas tienen que tener algo de patetismo, tiene que caer de rodillas anegada en llanto, desmayarse, sentirse arrobada :

...volvió su pensamiento a la Madre Dolorosa, y se arrojó a las olas de la música triste con un arranque de suicida... Sí quería matar dentro de ella la duda, la pena, la frialdad, la influencia del mundo necio, circunspecto, mirado ... quería volver al fuego de la pasión que era su ambiente. (p. 538).

Esto nos da una idea del desequilibrio emocional tan espantoso que existe en la pobre Ana. La religión que le fué enseñada torcida desde un principio, no le significará más que confusiones.

Su naturaleza más débil cada día por las concesiones que se ha hecho, va cediendo ante las exigencias de los demás, ante el rasero común con el que quiere la población de Vetusta medir a todos sus habitantes. Ya vemos que Ana va aceptando poco a poco, ser como las demás, primero con el pensamiento, más tarde con toda su actitud.

Así vivía Ana, menos aburrída, si no contenta, sin grandes remordimientos, aunque no satisfecha de sí misma. Ni permitía a don Alvaro acercarse, a lentar esperanzas que ella sustentase, ni le rechazaba.

zaba, con el categórico desdén que la virtud, lo que se llama la virtud, exigía. Estas medias tintas de la moralidad le parecían entonces a ella las más conformes a la flaca naturaleza humana." ¿Por qué he de creerme más fuerte de lo que soy?" (p. 406).

El alma de la Regenta se ha ido envenando sin sentirlo; ese perfume invasor, sutil, pero que impregna todo, que desprende la figura de don Alvaro, lo ha logrado; la presencia de vida, de amor, de materialismo despreocupado y feliz de don Alvaro al lado de ella le ha hecho daño; la ha hecho débil; sin sentirlo o más bien sin razonarlo está buscando ya la vida sin complicaciones, de placeres de los demás, la mediocridad que es Mesía todo en persona.

La Regenta no tomaba con gran calor aquellas diversiones, pero las prefería a su estéril soledad, en que buscando ideas piadosas encontraba tristezas, un hastío hondo y el rencoroso espíritu de protesta de la carne pisoteada, que bramaba en cuanto podía. " Era mejor vivir como todos, dejarse ir, ocupar el ánimo con los pasatiempos vulgares, sosos, pero que, al fin , llenan las horas " (p. 406)

Después de otra confesión con de Pas éste le pide ya que se decida a ser todo o nada y Ana falla porque decide ser piadosa no por autenticidad, por necesidad imperiosa, por convencimiento propio, sino por gratitud hacia el Magistral a quien cree deber mu-

cho. Empezaba " la Regenta la vida de la devota práctica; pero duro poco la eficacia de aquel impulso en que no había piedad acendrada, sino gratitud, el deseo de complacer al hombre que tanto trabajaba por salvarla, y que era tan elocuente y que tanto valía" (p. 407). Comienza invadirla el hastío, una vez más, la aridez espiritual; la vida de beata le repugna y es que en provincia el cristiano se entiende el o la beata que van de iglesia en iglesia y pertenecen a cientos de asociaciones, pero que en realidad es más por compromiso social que por verdadera caridad que se pertenece a ellas. La Regenta se siente falsa, se siente mal y decide : - " ¡ Salvarme o perderme ¡, pero no aniquilarme en esta vida de idiota ... ¡ Cualquier cosa....menos ser como todas éstas ¡" (p. 408).

Pasaba de sus desapegos religiosos más marcados a arrebatos místicos y entregas incondicionales a Dios.

" ¡ Esta sí que era resolución firme ¡ Iba a ser buena, buena, sólo de Dios " (p.408) . Y se dedica a leer a Sta Teresa de Jesús : " Leyó; leyó siempre que pudo. En cuanto la dejaban sola, y eran largas sus soledades, los ojos se agarraban a las páginas místicas de la santa de Avila, y a no ser lágrimas de ternura, ya nada turbaba aquel coloquio de dos almas a través de tres siglos " (p. 409).

Es para volverse loca al ambiente depresivo, letal que rodea a la Regenta; se agudiza su soledad pues toda Vetusta se ha ido de veraneo : " Ana pasaba horas y horas en la soledad de su caserón; a su lecho llegaban los ruidos lejanos de la calle apagados, como aprensión de los sentidos " (p. 439). Horas y horas sin hacer nada, oyendo, quizás imaginando, ruidos, en la lejanía que los hacen todavía más deprimentes ...

Decide pues Ana renacer a una nueva vida de amor de Dios, de D. Víctor, una vida de sacrificios, de abnegaciones sin concederse vacilaciones mundanas; de buenas obras, etc. " Encerrada en su alcoba o en su tocador, que ya tenía algo de oratorio, (...) gozaba la voluptuosidad dúctil de imaginar el mundo anegado en la esencia divina, hecho polvo ante ella. Veía a Dios con evidencia tal " ... (p. 451), que se sentía apóstol, quería irse a gritar a los cuatro vientos la bondad de Dios, la fragilidad de las creaturas, etc. Esto le sirve de pretexto para evadir una vez más la realidad, para anonadarse en abstracciones espirituales y místicas y no hacer nada, no participar con los que le rodean en nada :

Y como si sus entrañas entrasen en una fundición, Ana sentía chisporroteos dentro de sí, fuego líquido que la evaporaba... y llegaba a no sentir nada más que una idea pura, vaga, que aborrecía, toda determinación que se complacía en su simplicidad. Prolongaba cuanto podía aquel estado; tenía horror al movimiento, a la variedad, a la vida. (p.452).

Limitó además toda la vida de los de alrededor suyo, su recogimiento espiritual no admitía voces, ni risas, ni cantos, los gatos o los lograban callar o morían." Los canarios, jilgueros y tordos de su pajarera, que hacían demasiado ruido, fueron encerrados bajo llave, para que no llegasen sus cánticos profanos al tocador-oratorio de la Regenta " (p. 453) . No los callaba ella, pero si su actitud , D. Víctor estaba aterrado ante la santidad de su esposa y con una especie de terror religioso mandaba hacer el silencio alrededor de la esposa " santa " .

El único que advierte o intuye la realidad es Tomás Crespo, o Frígilis, aparentemente despistado (pero menos que Don Víctor), observa y, profundo conocedor de la naturaleza humana (de ahí su apodo ya que él decía al comentársele de la falta por alguien de alguno : Frigilis, " por decirfrágiles, es decir, la naturaleza es frágil) , y a las observaciones de D. Víctor sobre la santidad de su mujer, no responde, medita y observa (encontró un guante del Magistral en el cenador del jardín) : " Frígilis no temía lo presente sin lo futuro; lo que podía suceder . No veía una falta , sino un peligro (...) De todas maneras él estaría alerta " . Y seguía velando por los árboles de Don Víctor y por su honor " tal vez en peligro " (pp. 453-4) ,

Oscila otra vez entre dedicarse a obras de caridad, en actuar por los demás, en pensar en que hay seres que la necesitan

pero desgraciadamente : " Hacía mucho calor (...) Su pensamiento quería elevarse, volar al cielo, pero el calor, de unos treinta grados, que en Vetusta es mucho, le derretía las alas al pensamiento y caía en la tierra, que ardía, en concepto de Ana " (pp. 458-9). Ana oscila entre la mujer piadosa, activa y la libre, pecadora, rebelde. Si decide pensar en Dios se le presenta en el pensamiento Mesía; tiene una lucha violenta entre las dos Anas :

Creía aquella Ana que iba y venía de la desesperación a la esperanza, de la rebeldía a la resignación, y no no había tal; estaba allí, dentro de ella; sojuzgada, sí, perseguida, arrinconada, pero no muerta. Como San Juan Degollado, daba voces desde la cisterna en que Herodías le aguardaba, la Regente rebelde, la pecadora de pensamiento, gritaba desde el fondo de las entrañas, y sus gritos se oían por todo el cerebro. Aquella Ana prohibida era una especie de tenia que se comía todos los buenos propósitos de Ana la devota, la hermana humilde y cariñosa del Magistral (pp. 500-1)-.

Existe en la Regenta un desdoblamiento de la personalidad evidente, una dicotomía inconciliable y Ana se vuelve loca entre las dos alternancias de su personalidad, entre los dos extremos opuestos, se ha ejercitado por adquirir tanto el uno como el otro, en un juego tremendo y peligroso de quilibrio y se ha quedado en total desequilibrio en una total y absoluta ausencia de estabilidad.

En su desesperación por asirse a lo que sea, Ana clama por un hijo. Viene de la Misa de Navidad y la escena de un Niño Dios la ha enternecido como son todos sus arranques religiosos, puramente sensibles.

La necesidad del amor maternal se despertaba en aquella hora de vigilia con una vaguedad tierna, anhelante.

Ana se vio en su tocador en una soledad que la asistaba y daba frío... Un hijo, un hijo hubiera pues to fin a tanta angustia, en todas aquellas luchas de su espíritu ocioso, que buscaba fuera del centro natural de la vida, fuera del hogar, pábulo para el afán del amor, objeto para la sed de sacrificios. ... (p. 501).

El mal tiempo deprime una vez más a la Regenta llevándose consigo todos sus propósitos de bondad

El mal tiempo se llevó la resignación tranquila, perezosa de Anita Ozores. Con la lluvia pertinaz, machacona, volvieron antiguas aprensiones repentinas, protestas de la voluntad, y aquellos cardos que le pinchaban el alma. (p. 533) .

En sus delirios religiosos, en los vértigos de pasión y decisión mística que tiene Ana, llega a la locura de marchar descalza en la Procesión de Semana Santa para dar a su padre espiritual una prueba irrefutable de virtud y sumisión. En el mero momento ya no quería hacerlo pero era imposible dar marcha atrás; todo Vetusta estaba enterada y a nadie le importaba el drama de la Pasión como el ver aparecer el misterio de la población en exhibición (porque eso fué) delante de todos.

Aquellos pisos desnudos eran para ella la desnudez de todo el cuerpo y de toda el alma. " Ella era una loca que había caído en una especie de prostitución singular; no sabía por qué, pero pensaba que después de aquel paseo a la vergüenza ya no había honor en su casa. Allí iba la tonta, la literata, Jorge Sandio, la mística, la fatua, la loca, la loca sin

verguenza " (p. 558).

Después de todo esto hizo crisis , una de las peores pasada por la Regenta :

Con toda el alma había creído Ana que iba a volver se loca. A una exaltación sentimental sucedía un marasmo del espíritu que causaba atonía moral; la horrorizaba pensar que en tales días eran indiferentes para ella virtud y crimen, pena y gloria, bien y mal. " Dios , como decía' ella, se le hacía migajas en el cerebro" (...) creía la Regenta que sus facultades morales se separaban, que dentro de ella ya no había nadie que fuese ella , Ana , principal y genuinamente... , y tras esto el vértigo, el terror, que traía la reacción con gritos y pasmos periféricos (p. 571).

Existe un terror a perder la identidad; Ana se ha visto sacudida en tantas ocasiones y movida por fuerzas ajenas a su voluntad que tiene horror a perder la razón; ha sido tantas veces otra que ella misma, que ya cuesta trabajo infinito recuperar la propia identidad. Por su cerebro pasan, como en un desfile, todos los papeles que ella ha escogido para desempeñar en su vida y que la sociedad le ha ridiculizado, le ha destruido, acarreando la consiguiente catástrofe, el esperado desequilibrio mental. Por su diario nos enteramos a qué grado había llegado ese desequilibrio anteriormente.

Buenas noticias. Nada más que buenas noticias, Ya no hay aprensiones; ya no veo hormigas en el aire, ni burbujas, ni nada de eso (...) Hablo de mi temor a la locura con Quintanar como de la manía de un extraño. (p. 565).

Definitivamente el único viable para la Regenta será el vegetar; si el pensar le produce dolores, aprensiones, miedos y proximidad con la locura, prefiere no pensar; si el relacionarse con los demás le cuesta siempre malos entendidos y quebraderos de cabeza, prefiere estar sola. Por esto es que cuando está en el Vivero de los Vegallana, descubre su fórmula perfecta de vida : no pensar, sentir el aire, el sol, el agua, el verde de la naturaleza por todos los poros que la hace exclamar : " Vivir es esto : gozar del placer dulce de vegetar al sol " (p. 574) .

Lo extremo del carácter de Ana lo describe muy bien un médico cuando dice

Doña Ana es así; extremosa..., viva..., exaltada.. necesita mucha actividad, algo que la estimule.... Necesita ... (...) un estímulo fuerte, algo que le ocupe la atención con ... fuerza ; una actividad grande..., en fin, eso... que es extremosa por temperamento... Ayer era mística, estaba enamorada del cielo; ahora come bien, se pasea al aire libre, entre árboles y flores... y tiene el amor de la vida alegre, de la naturaleza, la manía de la salud... (p. 584)

El pobre de Benítez no se atreve a decirle a D. Víctor lo que realmente necesita la Regenta : un marido, un hombre joven que pueda corresponder a sus amores, a sus apasionamientos.

Al final de la novela, desencadenada la acción del adulterio, muerto D. Víctor inexplicablemente a manos del torpe D. Alvaro, éste huye como el canalla que era y Ana tiene una postración nerviosa que casi la conduce a la muerte. Se queda en el caserón , conde-

nada por toda Vetusta.

No entraban (Al caseron de los Ozores), Vetusta la noble estaba escandalizada, horrorizada. Unos a otros, con cara de hipócrita comprensión, se ocultaban los buenos vetustenses el íntimo placer que les causaba " aquel gran escándalo que era como una novela", algo que interrumpía la monotonía eterna de la ciudad triste... (...)

Hablaban mal de Ana Ozores todas las mujeres de Vetusta, y hasta la envidiaban y despellejaban muchos hombres con alma como la de aquellas mujeres. (p. 668).

Obdulia Fandiño, pocas horas después de saberse en el pueblo la catástrofe, había salido a la calle con su sombrero más grande y su vestido más apretado a las piernas y sus faldas más crujientes, a tomar el aire de la maledicencia, a olfatear el escándalo, a saborear el dejo del crimen que pasaba de boca en boca como una golosina que lamían todos, disimulando el placer de aquella dulzura pegajosa.

" ¿ Ven ustedes ? - decaín las miradas triunfantes de la Fandiño - . Todas somos iguales " . (p. 668)

¡ Ya está ! Logró por fin el pueblo después de darse por vencido, etiquetar a la rebelde, a la que se salía del común denominador; eso, eso era lo que querían, ponerle su título de igualdad, " todas somos iguales ", ay de aquella que piense en ser distinta ; nosotros de la fauna provinciana, la peor selva, no toleramos tener enemigos a los que no conocemos en su naturaleza íntima, hay que hablar el mismo idioma, sólo así, lograremos entendernos, sólo así no habrá complicaciones en nuestra tranquila vida.

El párrafo siguiente da una idea de cómo quedó Ana y de lo que esperaba ya de la vida: la muerte . " Callar, vivir sin hacer

mas que sentirse bien y dejar pasar las horas , esto era algo , tal vez lo mejor . Por allí debía irse a la muerte . Y Ana iba sin miedo . El morir no la asustaba ; lo que quería era morir sin desvanecerse en aquellas locuras de la debilidad de su cerebro . . ." (p. 670) .

Queda sólo el amigo fiel , Frígilis que , como una sombra , ahora protectora , ha presenciado , sin juzgar desenvolverse la vida de sus amigos , el verdadero amigo que acude a la esposa , a la mujer desvalida y la protege . Se me hace un hombre hosco , un ermitaño que prefirió la naturaleza , al conocer la naturaleza de los hombres . Allí en el caseron donde Ana no tiene a nadie : " Allí (abajo del cuarto de Ana) , con el menor aparto posible , sin molestar a nadie , se instaló para velar a la Regenta y acudir al menor peligro . " (p. 671) .

ANA de OZORES y el MAGISTRAL FERMIN de PAS

El Magistral, Fermín de Pas, tiene conocimiento directo de la Regenta, como vimos ya, cuando ésta pasa a ser su hija de confesión.

Pero ¿ quién es el Magistral ? Es un hombre montañés a quien su ambiciosa madre, Doña Paula Raíces, ha prácticamente forzado a ser sacerdote. Tiene dotes naturales de inteligencia, prestancia física, una gran elocuencia, porte, dignidad, etc., y sirve a los planes de su madre maravillosamente; al conocer directamente a la Regenta no tiene otros propósitos que conseguir cargos eclesiásticos elevados. Se le achacán abusos dentro de los privilegios religiosos y está un tanto cuanto en duda su reputación en cuanto a los fondos de asociaciones religiosas. Conoce Vetusta ,por arriba (exteriormente, físicamente) y por dentro; la ciudad de las conciencias :

El Magistral conocía una especie de Vetusta subterránea : era la ciudad oculta de las conciencias. Conocía el interior de todas las casas importantes y de todas las almas que podían servirle para algo (...) Relacionaba las confesiones de unos con las de otros, y poco a poco había ido haciendo el plano espiritual de Vetusta (...) Como los observatorios meteorológicos anuncian los ciclones, el Magistral hubiera podido anunciar muchas tempestades en Vetusta, dramas de familia, escándalos y aventuras de todo género. (p. 204).

Es impresionante ver la pasión con que el Magistral observa

Vetusta desde el campanario. Ahí en las alturas, planea su dominio, su poderío; ahí mide a todos por un rasero, observa, pesa, sabe :

" ... el Magistral, olvidado de los campaneros, paseaba lentamente sus miradas por la ciudad, escuchando sus rincones, levantando con la imaginación los techos, aplicando su espíritu a aquella inspección minuciosa, como el naturalista estudia con poderoso microscopio las pequeñeces de los cuerpos. (No miraba los campos; sus miradas no salían de la ciudad). Vetusta era su pasión y su presa (...) La conocía palmo a palmo, por dentro y por fuera, por el alma y por el cuerpo, había escudrinado los rincones de las conciencias y los rincones de las casas. Lo que sentía en presencia de la heroica ciudad era gula; hacia su anatomía, no como el fisiólogo que sólo quiere estudiar, sino como el gastrónomo que busca los bocados apetitosos; no aplicaba el escalpelo, sino el trinchante. (p. 14).

Espíritu superior a los vetustenses; al Magistral le viene estrecho el escenario de provincia; tiene dotes que pasan desapercibidos, o no son suficientemente apreciados, Se siente y es, en buenas palabras, un elemento desperdiciado, movido por circunstancias adversas, a su voluntad, a ser y hacer lo que jamás de propio intento hubiera sido hecho. Sueños, afanes de infinito, de volar muy alto ocupan su espíritu.

Llegar a lo más alto era un triunfo voluptuoso para De Pas, Ver muchas leguas de tierra, columbrar el mar lejano, contemplar a sus pies los pueblos como si fueran juguetes, imaginarse a los hombres como infusorios, ver pasar un águila o un milano, según los parajes, debajo de sus ojos, enseñándole el dorso dorado por el sol, mirar las nubes desde arriba eran intensos placeres de su espíritu altanero en que De Pas se procuraba mientras podía (p. 13) .

El Magistral, espíritu refinado y elegante, ama el lujo, la comodidad; su figura, su prestancia física, sus modales están más bien en una casa donde haya de todo por ejemplo en la casa de los millonarios vetustenses de los Paéz.

Pisando aquellas alfombras, viéndose en aquellos espejos tan grandes como las puertas, hundiendo el cuerpo voluptuosamente en aquellas blanduras del lujo cómodo, ostentoso, francamente loco, pródigo y deslumbrador. El Magistral se sentía trasladado a regiones que creía adecuadas a su gran espíritu; él, lo pensaba con orgullo, había nacido para aquéllo. (p. 253).

Se siente definitivamente desperdiciado, no le llaman para grandes puestos . " ¿ No quedábamos en que era yo una lumbrera ?
 ¿ No se dijo que en mí tenía firme columna el templo cristiano ?
 Pues si soy una columna, ¿ por qué no me echan encima el peso que me toca ? ¿ Soy columna o palillo de dientes, señor cardenal ?
 ¿ En qué quedamos ?

Se va acercando a los treinta y cinco años; empieza a tomar conciencia de que se precipita irremediablemente en el anonimato de una sórdida provincia, cuyos provincianos desprecia por considerarlos inferiores a él. Este saberse no aprovechado lo considera con tristeza hasta de su físico formidable, de un atleta : " El Magistral miraba con tristeza sus músculos de acero, de una fuerza inútil" (p. 211) .

Está desesperado, atento a un cambio, quiere algo pero ya.

En su monótona vida se va a presentar un hecho al parecer sin importancia : D. Cayetano " ... dejaba al Magistral la más apetecible de sus joyas penitenciarias como lo era sin duda la digna y virtuosa y hermosísima esposa de Don Víctor Quintanar " (p. 40).

Don Fermín " Estaba cansado de Obdulias y Visitaciones... (...) Esperaba algo nuevo, selecto " (p. 42). Sabe de las elevaciones y profundidades del alma de esta joven señora y está atento a su primera confesión, la cual será, general para una mejor dirección espiritual de la interesada. Por esto y por todo lo anteriormente dicho respecto al carácter y ánimo del Magistral, no es de extrañar que se hayan entendido él y Ana a la perfección desde el primer momento. A la Regenta le sorprende encontrar en Vetusta alguien tan valioso; le conmueven la elocuencia, la espiritualidad y la virtud del Magistral

¡ Y qué dicha tener un alma hermana, hermana mayor, a quien poder hablar de tales asuntos, los más interesantes, los más altos sin duda ¡ (L.R. p. 169).
 (...) " Vetusta, Vetusta encerraba aquel tesoro ¡
 (p. 170).

La comunicación que establezca Ana desde entonces, con D. Fermín será narcisista; le interesaba mostrarse ella para que por primera vez la midan, la aprecien; es un afán de encontrar su identidad (por fin ha encontrado quien la comprenda sin riesgo de perderse, eso piensa ella). Y también un impulso de desahogarse; para ella el

Magistral será una alma gemela que le devolverá su propia imagen, revelándole sus valores, sus perfiles, sus exquisitas aspiraciones comprendidas. Es D. Fermín quien le revela a Ana que ella existe y que, además, vale mucho. Según Aristóteles es la mujer es la materia y el hombre la forma; Ana no ha aparecido, no ha sido una mujer en la extensión de la palabra, porque en su vida no ha habido quien la mida, la descubra, la valore. Será De Pas quien le dibuje su imagen, le muestre sus virtudes y defectos y le de un concepto de quien es ella. Es el Magistral quien reducirá a forma la materia que hay en Ana de Ozores. Incluso él será el primero que consiga que Ana acepte ser como las demás, que haga lo que las otras señoras piadosas, que se baje de su pedestal y participe de la vida de los demás. El Magistral pedirá a la Regenta, ofreciéndole ser al mismo tiempo eso, que lo vea " como hermano mayor del alma, con quien las penas se desahogan y los anhelos se comunican, y las esperanzas se afirman y las dudas se desvanecen " (167). Descubre a Ana que " su alma es noble, y sólo porque en este sitio yo no puedo tributar elogios al penitente, me abstengo de señalar dónde está el oro y dónde está el lodo... y de hacerle ver que hay más oro de lo que parece " (p. 167) . Ana lo compara con Ripamilán que nunca le había dicho nada... " el Magistral en seguida le había dicho que era un temperamento especial, que todo esto y más había que tener en cuenta " (p. 168) .

A mi modo de ver, desde la primera vez que se confiesa Ana se establece entre ellos dos una relación equívoca, se va a buscar más una comprensión tipo psicoanálisis que una mera confesión, son dos almas en igualdad de condición respecto a faltas de cariño, equivocadas de camino, incomprendidas en sus valores, desperdiciadas, etc., que es lógico que se unan, que sin darse cuenta están entregándose primero espiritualmente y después, sin llegar jamás a ello, quieren hacerlo completamente (sobre todo el Magistral).

Para mí, asistimos a un proceso perfectamente normal de amor entre un hombre y una mujer; lástima que las condiciones eclesiásticas o religiosas del hombre y la condición no libre de la mujer, hayan impedido una unión, que de haber podido ser, hubiera sido de lo más rica de lo más completa porque ambos, el Magistral, como la Regenta, son dos ejemplares de talla soberbia.

El proceso del amor entre ellos es descrito con gran sencillez. Hay un encuentro casual entre los dos en el que Ana y el Magistral reconocen el uno en el otro un ser distinto a los demás. El Magistral ha tenido la oportunidad de conocer a la Regenta y "ella" se separa de "todas" las vetustenses; empieza absorber la mente del Provisor, a distraer su atención.

Una cosa era lo que debiera estar pensando y otra lo que pensaba sin poder remediarlo. Quería buscar dentro de sí fervor religioso, acendrada fe, que necesitaba para inspirarse y escribir un párrafo sonoro, rotundo, elocuente, con la fuerza de la convicción; pero la

voluntad no obedecía y dejaba al pensamiento entre-
tenerse con los recuerdos que le asediaban. (p. 203)

Una vez advertida la otra persona, una vez notadas y adivina
das sus cualidades, sobreviene la sorpresa : " ¿ Qué mujer era aqu
ella? ¿ Había en Vetusta aquel tesoro de gracias espirituales, aquella
conquista reservada para la Iglesia, y él, el amo espiritual de la pro-
vincia, no lo había sabido antes ? " (p. 203) .

Viene después el planteamiento de la duda : ¿ Se entenderían?
" Lo mejor será que ustedes se entiendan " (p. 204), había dicho
Don Cayetano. " Toda la noche había pensado en ello. Algún día, ¿ lle-
garían a entenderse? ¿ Querriá doña Ana abrirle de par en par el cora-
zón?" (p. 204). Empieza así por pedir como un ruego entrar en aquel
santuario para poder admirar tanta riqueza.

Poco a poco, el descubrimiento mismo de tal tesoro, le con-
ducirá a pedir más, no se contentará con admirarla desde el umbral,
querrá verla más de cerca y así el que comienza siendo un esclavo
terminará siendo o queriendo ser el amo. El verdadero amor no se
cansa nunca ni de dar ni de recibir.

Ana va a llegar a la vida del Magistral cuando éste siente en
momentos también que su vida se le escapa y que urge una solución
inmediata :

Habia llegado a los treinta y cinco años, y la codicia
del poder era más fuerte y menos idealista; se conten-
taba con menos, pero lo quería con más fuerza, lo ne-
cesitaba más cerca; era el hambre que no espera, la -

sed en el desierto que abrasa y se satisface en el charco impuro sin aguardar a descubrir la fuente que está lejos, en lugar desconocido. (p. 15).

La presencia de un ser superior, la Regenta, se, presenta como la respuesta que él venía buscando :

" Aquel anhelo que sentía De Pas antes de conversar en secreto con aquella señora había sido un anuncio de la realidad. Sí, sí, era aquello algo nuevo, algo nuevo para su espíritu, cansado de vivir nada más para la ambición propia y para la codicia ajena, la de su madre. Necesitaba su alma alguna dulzura, una suavidad de corazón que compensara tantas asperezas....

¿ Todo había de ser disimular, aborrecer, dominar, conquistar, engañar ? "

(...) ¿ Y quién sabe si esta ambición que me devora no es más que una forma impropia de otra pasión más noble? Este fuego, ¿ no podrá arder para un afecto más alto, más digno del alma ? ¿ No podría yo abrasarme en más pura llama que la de esta ambición ? ¡ Y qué ambición ! Bien mezquina, bien miserable. ¿ no valdrá más la conquista del espíritu de esa señora que el asalto de una mitra, del capelo, de la misma tiara ? " (p. 206).

Muchas cosas en común tienen Ana y el Magistral: ambos desprecian a los vetustenses porque se saben superiores a ellos. Y por su parte los vetustenses desprecian, odian, critican, envidian tanto al Magistral como a la Regenta. Al, primero le envidian su apostura física, su posición dentro de la Iglesia, su dinero, su personalidad; a la Regenta su extraordinaria belleza, su posición privilegiada de mujer distinta, exquisita y su tremenda virtud a toda prueba. Todo el mundo desea verlos caer; nadie soporta tanta perfección a su lado; es un estorbo al libre disfrutar de los demás, es un reproche constante a sus

placeres, a sus defectos, a sus pecados. Es un rechazo viviente a su inútil y sosa vida. Si todos somos iguales, piensa el provinciano, serán menos fuertes las faltas y menos culpables los faltantes, por consecuencia menor el remordimiento.

Así pues las cosas, el Magistral está dispuesto a luchar por la Regenta en el campo que ello lo permita. " La Regenta se le presentaba ahora como un tesoro descubierto en su propia heredad. Era suyo, bien suyo; ¿ quién osaría disputárselo? " (p. 205). Actitud del que ama realmente es la de defender su amor. El huerto yermo del Magistral, sin frutos porque el abono de la basura de los vetustenses como él llama, no le sirve para nada; va a descubrir de pronto haber creado, una flor, haber encontrado que ese terreno abonado ha servido o va a servir para hospedar en él una flor. No dejará nadie se lo arrebatte.

En un principio el Magistral no piensa ni por asomo en sostener una relación de afecto físico con Ana; recuerda un pasaje en que Renán habla de un fraile y una devota que se amaban en Jesús, y él, el Magistral piensa en un amor así con la Regenta: " era la verdad severa, noble, inmaculada del amor místico; amor anafrodítico, incapaz de mancharse con el lodo de la carne, ni en sueños " (p. 211).

La comunicación que busca el Magistral con la Regenta es tan grande, llega a tal punto de querer confesarse con ella

" Si algún día su amistad con Ana Ozores llegaba al punto de él confesarse ante ella también y decirle - también cuál era su ambición, ella, que tenía el alma grande, de fijo le absolvería de los pecados cometidos " (p. 220).

El comportamiento de Ana respecto al Magistral, no es del todo claro. Le escribe una carta, más bien una nota y se pone sumamente nerviosa de que otros la puedan leer : " ... de prisa, y como ocultándose, cerraba en aquel instante la carta que poco después D. Fermín leía delante de su madre " (p.262). ¿ Por qué " de prisa ", por qué " ocultándose ? "; hemos leído después la nota y no hay en ella nada comprometedor, nada insinuante. ¿ Qué juego se trae entre manos Ana ? o es que considera tan increíble su descubrimiento de amistad que teme que otros lo echen todo a perder con malos entendidos ? O es la privacidad absoluta que busca el que ama respecto de las cosas del ser amado ?

El Magistral no soporta la presencia de D. Alvaro asediando a la Regenta, que no son otra cosa que celos de enamorado: " Cuando le vió con Anita en la ventana, conversando tan distraídos de los demás, sintió D. Fermín un malestar que fué creciendo mientras tuvo que esperar su presencia" . (p. 265) .

A la primera lectura del libro, lo confieso, no advertí con todos sus matices el, tipo de amistad que unía al Magistral y a la Regenta; interesada más por la trama con D. Alvaro y las complicaciones psicológicas de la protagonista, me pasaron inadvertidos muchos matices. Fué necesaria una segunda lectura para advertir los verda-

deros sentimientos de Ana (quizás inadvertidos para ella misma).

A partir del encuentro en casa de los Vegallana (cap. XIII), encuentro por otro lado buscado y anhelado por el Magistral, se advierte entre los dos una dulce complicidad; una mezcla de ternura, de pureza, sensación y emoción física; no existe nada entre ellos y, sin embargo existe; se puede desmentir cualquier pensamiento mundano ante el mundo entero y ellos saben, sin embargo, que si son auténticos, sinceros, hay algo. Existe ya entre los dos una confesión general por parte de Ana, y un deseo de lo mismo por parte del Magistral. A Ana le causa rubor el ver al Magistral y recordar lo que le ha dicho

Recordó todo lo que se habían dicho y que había hablado como con nadie en el mundo con aquel hombre que le había halagado el oído y el alma con palabras de esperanza y consuelo, con promesas de luz y de poesía, de vida importante, empleada en algo bueno, grande y digno de lo que ella sentía dentro de sí, como siendo el fondo del alma. En los libros algunas veces había leído algo así, pero, ¿ qué vetustense sabía hablar de aquel modo? Y era muy diferente leer tan buenas y bellas ideas, y oírlas de un hombre de carne y hueso, que tenía en la voz un calor suave y en las letras silbante música, y miel en palabras y movimientos. (p. 265).

Advertimos una mezcla curiosa, extraña entre espiritual y profundamente sensual; estamos ante un sacerdote que la conducirá por el camino de la más alta virtud pero para lo cual no es necesario una voz de calor suave, ni miel en las palabras, ni tampoco un hombre de carne y hueso que habla como ningún vetustense ha osado pensar si-

quiera; a qué vienen esas enumeraciones ? Ese demasiado advertir los atributos físicos del biendotado hombre que es el Magistrál ? Y además la Regenta piensa con gran gusto en algo que los une ya, en un objeto insignificante pero que ya es un pequeño lazo de complicidad entre ellos

También recordó Ana la carta que pocas horas antes le había escrito, y éste era otro lazo agradable, misterioso, que hacía cosquillas a su modo. La carta era inocente, podría leerla el mundo entero; sin embargo, una carta de que podía hablar a un hombre, que no era su marido, y que éste hombre tenía acaso guardada cerca de su cuerpo y en la que pensaba tal vez (p. 265).

Aquí se refleja Ana completa con la vida que ha llevado; tiene poco trato con hombres por no decir ninguno.; en la Religión encuentra espiritualidad pero no sabe separarla muy bien de lo material, de lo sensible y a eso se le añade que es romántica a más no poder. Hasta cursi me pareció que pensara en que el Magistrál guardara la carta " cerca de su cuerpo " .

Piensa Ana y establece con una gran seguridad lo que espera obtener del Magistrál: su salvador, que sea el que rompa la monotonía de su vida y que le libre de las garras del Mesía :

Lo que sabía (Ana) a ciencia cierta era que en Don Fermín estaba la salvación, la promesa de una vida virtuosa sin aburrimiento, llena de ocupaciones nobles, poéticas, que exigían esfuerzos, sacrificios, pero que por lo mismo daban dignidad y grandeza a la existencia muerta, animal, insoportable, que Vestusta le ofreciera hasta el día. Por lo mismo que estaba segura de salvarse de la tentación francamente

criminal de don Alvaro, entregándose a don Fermín, quería desafiar el peligro ... (p. 266).

La entrevista en casa de los Vegallana fué de lo más significativa. El Magistral quiere retirarse de la casa y Ana le ruega que se quede, se nota bien contrariada por la noticia de su partida.

A don Fermín le asustó la impresión que le produjo, más que las palabras, el gesto de Ana; sintió un agradecimiento dulcísimo, un calor en las entrañas completamente nuevo; ya no se trataba allí de la vanidad suavemente halagada, sino de unas fibras del corazón que no sabía él cómo sonaban. (p. 277).

Que la persona amada (pues si no es amor ya lo que el Magistral siente por Ana cómo debe llamarse ese desasosiego?) nos defienda, se irrite porque nos vamos, nos ruegue, es la mayor delicia y por eso el Magistral sintió agitarse fibras del corazón que nunca había escuchado. Y más adelante cuando Ana vuelve a rogarle que vaya al Vivero (no quiere vérselas a solas con don Alvaro) y a las súplicas: "De Pas sentía unas dulcísimas cosquillas por todo el cuerpo al oír a la Regenta; sin pensarlo se inclinaba hacia ella, como si fuera un imán ". (p. 283)

Empieza a pesarle al Magistral la sotana, " toda aquella tela negra colgando le abrumaba" (p. 290). Se siente poco viril dentro de ella; comienzan a atormentarle las dudas si hizo bien o mal en desairar a la Regenta su invitación al Vivero; reflexiona sobre lo que le pasa y le da mil rodeos, todo antes de reconocer que es amor.

Era enemigo de dar nombre a las cosas, sobre todo a

las difíciles de bautizar. ¿ Qué era aquello que a él le pasaba? No tenía nombre. Amor no era; el Magistral no creía en una pasión especial, en un sentimiento puro y noble que se pudiera llamar amor (. . .) Lo que él sentía no era lujuria; no le remordía la conciencia. Tenía la convicción de que aquello era nuevo.
 ¿ Estaría malo ? ¿ Serían los nervios ? (pp. 290-1)

Es propio del amor el no reconocerlo; se le dan vueltas al asunto, se aplazan las aclaraciones mentales, él poner orden en las ideas. Para mí el Magistral siente amor por la Regenta, desde el momento mismo en que siente en ella un imán, un deseo incontenible de avance hacia ella en plenitud; o sea atracción de cuerpos y de almas.

Como un loco está el Magistral por haber desairado la invitación de Ana al Vivero. Se va al Espolón, un paseo por el que debe pasar la berlina en que vienen de regreso todos los invitados; el Magistral se olvida de todos y de todo y se va al Espolón no obstante ser de noche.

Se olvidó de su madre, de Teresina (la sirvienta), del coñac (había bebido un poco en casa de los marqueses y se sentía un poco mareado), del Obispo, no pensó más que en los coches del marqués que debían de estar de vuelta (. . .) No pensaba en que estaba haciendo locuras, en que tantas idas y venidas eran indignas del Provisor, del obispado; ahora sólo tenía esa idea. ¿ Habrán pasado ya? (. . .) ¿ por qué no se iba? Porque no quería dejarlos pasar sin verlos; sin ver los coches, se entiende. Ana volvería, era natural, en la carretela y al pasar junto a un farol podía verla, sin ser visto, o por lo menos sin ser conocido (p.p 293-4).

Es lo más propio del enamorado rondar los paseos, la casa, la ventana de la amada, verla, tan sólo una vez, de pasada satisface al menos momentáneamente al amante.

Vemos al Magistral añorando o más bien deseando con toda pasión un hogar dulce y tierno. El ahora ve el cielo (hace mucho tiempo que no lo hacía), contempla las estrellas, la suave luna; pero todavía no reconoce estar enamorado; rehuye como la Regenta la realidad, no da nombre a las cosas por miedo a perderlas

La sonrisa de la Regenta se le presentó unida a la boca, a las mejillas, a los ojos que le dieran vida...., y recordó una a una todas las veces que le había sonreído. En los libros aquello sellamaba estar enamorado platónicamente; pero él no creía en palabras. No; estaba seguro que aquello no era amor. El mundo entero, y su madre con todo el mundo, pensaban groseramente al calificar de pecaminosa aquella amistad inocente (...) Su madre le quería mucho (...) sí, pero él necesitaba amor más blando que el de doña Paula, más íntimo, de más facil comunión, por razón de la edad, de la educación, de los gustos... aunque viviera con su madre querida, no tenía hogar, hogar suyo, y eso debía ser la dicha suprema de las almas serías, de las almas que pretendían merecer el nombre de grandes. Le faltaba compañía en el mundo, era indudable (pp.314-5)

El vivir siempre en austeridad, privado de amor, de dulzura, de comprensión suave puede sucederle a un ser sin sentirse demasiado desgraciado pero siempre y cuando no aparezca en su horizonte un mejor panorama, promesas de dulzura, sonrisas tiernas porque entonces esa tierra árida anteriormente resultará increíblemente abonada para dar frutos, la sequía era aparente, era a falta de semilla que no daba flores pero ahora ese campo yermo abre sus tierras para dejar entrar a la lluvia, empapándole, humanizándole, de responder a la mano amorosa con tesoros nunca jamás imaginados.

Son el Magistral y Ana dos almas gemelas al grado que si recordamos que la Regenta sentía una dulcísima lástima de sí misma, el Magistral " de repente se acordó de sus treinta y cinco años, de la vida estéril que había tenido (...) . Se tuvo una lástima tiernísima" (p. 315).

La relación espiritual entre Ana y el Magistral es riquísima en matices, en profundidades y sobre todo por parte del Magistral quien profundiza más , va más allá, quizás porque él sí se enamoró a fondo; Ana estableció con él una relación ambivalente un tanto oscura; acude a él como al confesor, pero al encontrar en él algo más no lo reconoce nunca, ni parece advertirlo gozando con esa amistad inocente juzgándola sin peligro alguno.

Por fin la Regenta confiesa al Magistral que piensa, que sueña de fijo con un hombre; el pobre confesor está muy lejos de imaginar que no es él. Busca amarla pero en lo alto, en el espíritu, tendería él una redención de sus bajas pasiones por un amor noble, ideal.

" En plata, soñaba con un hombre .." D. Fermín se revolvía en la silla del coro, cuyo asiento se le antojaba lleno de brasas y de espinas (...) ¿ con quién soñaba la Regenta? ¿ Era persona determinada? ... Y poniéndose colorado como una amapola en la penumbra de su asiento, que estaba en un rincón del coro alto, pensaba : " ¿ Seré yo ?". Entonces le zumbaban los oídos, y ya no oía las voces... (...) No, no caería en la tentación de convertir aquella dulcísima amistad naciente, que tantas sensaciones nuevas y exquisitas le prometía, en vulgar escándalo de las pasiones bajas de que sus enemigos le habían abusado otras veces. Verdad era que la idea de ser objeto de los ensueños



que confesaba la Regenta le halagaba; esto no podía negarlo ; cómo engañarse a sí mismo ? ; Si apenas podía mantenerse sentado sobre la tabla dura ; Pero esta delicia de la vanidad satisfecha no tenía que ver con su propósito firme de buscar en Ana, en vez de grosero hartazgo de los sentidos, empuje digno de la gran actividad de su corazón, de su voluntad (...) Sí, lo que él quería era una afición poderosa, viva, ardiente, eficaz, para vencer la ambición, que le parecía ahora ridícula, de verse amo indiscutible de la diócesis (...) Y sólo por medio de una pasión noble, ideal que un alma grande sabría comprender, y que sólo un vetustense miserable, ruin y malicioso, podría considerar pecaminosa, sólo por medio de esa pasión cabía lograr tan alto y tan loable intento. Sí, sí - concluía el Magistral - ; yo la salvo a ella, y ella, sin saberlo, por ahora, me salva a mí. (pp. 330-1).

De repente le sucede a la Regenta una cosa inexplicable como no tenga otra explicación que la del amor que ya le guarda a D. Fermín. Se han visto Ana y D. Alvaro en la plaza, en el teatro y al recibir Ana una carta al día siguiente de todo esto, se siente muy mal, como pillada en falta.

" Y ahora se presentaba de repente dándole un susto, como sorprendiéndola en pecado de infidelidad. Por la primera vez sintió Ana la vergüenza de su imprudente conducta. Lo que no había despertado en ella la presencia de Don Víctor, lo despertaba la imagen de don Fermín... Ahora se creía infiel de pensamiento, pero, ¡ cosa más rara ! infiel a un hombre a quien no debía fidelidad ni podía debérsela (p. 352)

Está descontenta consigo misma, no le pesaba engañar al po-

bre de don Víctor (todavía sin llegar a los hechos con don Alvaro)
 pero mentirle al Magistral, eso ya es otra cosa. Siente que a don
 Víctor le debe el cuerpo pero al Magistral ha de reservarle el alma.
 Existe ya entre los dos una especie de pacto sobreentendido, una es-
 pecie de unión conyugal con deberes de fidelidad y todo porque si no
 ¿ por qué la Regenta se siente que le ha sido infiel ?

El Magistral mismo está sorprendido al verse reclamándole
 mentalmente a la Regenta

¿ Que derechos tenía él sobre aquella mujer? Ninguno.
 ¿ Cómo dominarla si quería sublevarse? ¿ No habría
 modo? ¿ Por el terror de la religión? Patarata. La re-
 ligión para aquella señora nunca podría ser el terror.
 ¿ Por la persuasión, por el interés, por el cariño? El
 no podía jactarse de tenerla persuadida, interesada y
 menos enamorada, de la manera espiritual a que aspi-
 raba. (p. 356).

Eso es horrible, la posición del Magistral no es la de otro
 cualquier hombre; él no puede alegar derechos del amor; Ana es su hi-
 ja de confesión y él su confesor exclusivamente; tiene que dejarla en
 absoluta libertad; su conciencia debe ser libre y libremente acudir o
 no al guía espiritual; por eso el Magistral está roído de desesperación
 y de impotencia. No le quedán más que dos caminos : la diplomacia y
 adoptar un aire indiferente o provocar en ella ternura, lástima, compa-
 sión refiriéndole los muchos enemigos con que cuenta.

Un día el Magistral se atreve, despues de titubear mucho a
 decirle a Ana que la eficacia de sus confesiones sería mayor si se vie-
 ran fuera de la iglesia en algunas ocasiones.

Anita , que estaba en la oscuridad, sintió fuego en las mejillas, y por la primera vez, desde que le trataba, vio en el Magistral un hombre, un hombre hermoso, fuerte; que tenía fama entre ciertas gentes mal pensadas de enamorado y atrevido. (p. 359).

Ana ha advertido el peligro, siente, intuye que no es normal lo que le ha dicho el Magistral y por un momento se queda sin saber que hacer; pero la personalidad de don Fermín aunada a la falta de experiencia de Ana le hace olvidarlo al instante para escucharlo con la boca abierta

Aquel señor hablando con la suavidad de un arroyo que no corre entre flores y arena fina, la encantaba. Ya no pensaba en las torpes calumnias de los enemigos del Magistral; ya no se acordaba que aquel era hombre, y se hubiera sentado sin miedo sobre sus rodillas como había oído decir que hacen las señoras con los caballeros en los tranvías de Nueva York.) p. 360).

El párrafo anterior nos da la pauta de la inocencia de la Regenta y de su absoluta ignorancia de la vida ¿ cómo vamos a pedir a esta señora privada de lo más elemental que renuncie a una amistad porque así es como ella la entiende? Todo en ella está confuso, pero se siente bien y no va a confundirse más, prefiere no aclarar nada y seguir así: " Ana aceptaba aquella amistad piadosa que se ofrecía a oír sus confidencias, a dar consejos, a consolarla en la aridez de alma que la atormentaba a menudo. (p. 361).

La solución a tanta aridez de alma como tiene la Regenta se la propone don Fermín: " ser beata ". Y explicaba a Ana que el sen-

tido peyorativo de esta palabra puede ser quitado si todo lo que hace una beata lo hace por Dios y no por el qué dirán. La atracción que ejerce don Fermín sobre Ana es tal que todo lo que éste diga no le parecerá a ella sino música celestial. Después de hablar por horas en su casa; el Magistral se va y " Ana salió tras él, ensismimada, sin acordarse de que había en el mundo maridos, ni días, ni noches, ni horas, ni sitios inconvenientes para hablar a solas con un hombre joven, guapo, robusto, aunque sea clérigo ". (p. 367).

El Magistral advierte muy bien uno de los males de la Regenta su inconsistencia en sus decisiones; los propósitos de virtud ardentés, decididos duraban bien poco y Ana no subía la cuesta marcada por don Fermín

... la inercia de Ana le presentaba cada vez nuevos obstáculos (...) Además, su amor propio estaba herido. Si alguna vez había ensayado interesar a su amiga descubriéndole, o por vía de ejemplo o por alarde de confianza, algo de la propia historia íntima, ella había escuchado distraída, como absorta en el egotismo de sus penas y cuidados. Más había : aquella señora que hablaba de grandes sacrificios, que pretendía vivir consagrada a la felicidad ajena, se negaba a violentar costumbres, saliendo de casa a menudo, pisando lodo, desafiando la lluvia (p. 383).

Este ser perseguido, agobiado, aniquilado prácticamente por la sociedad que es implacable no sale de su protección. La Regenta ha tenido demasiado que lamentar de la gente, lo poco que ha recibido de ella es preferible que jamás se lo hubieran dado. No tiene armas para la lucha y prefiere permanecer en el encierro de su pequeño pero

conocido mundo.

En un diálogo, casi monólogo entre la Regenta y el Magistral vemos como ella está hecha polvo, como es un ser inconsistente porque nunca ha tenido la oportunidad de contar con materia sólida, da verdadera compasión oírla

Yo estoy enferma... sí, señor, a pesar de estos colores y de esta carne, como dice don Robustiano, estoy enferma; a veces se me figura que soy por dentro un montón de arena que se desmorona... No sé cómo explicarlo..., siento grietas en la vida... , me divido dentro de mí..., me achico, me anulo... ¡ Si usted me'viera por dentro me tendría lástima; (...) Yo no he tenido madre, viví como usted sabe... No sé ser buena; tiene usted razón, no quiero la virtud sin no es pura poesía, y la poesía de la virtud parece prosa al que no es virtuoso... Ya lo sé. Por eso quiero que usted me guíe (...) no sé disponer de mí; prefiero que me mande usted... Yo quiero volver a ser una niña, empezar mi educación, ser algo de una vez, seguir siempre un impulso, no ir y venir como ahora... Y además necesito curarme; a veces temo volverme loca... (p.387) .

Un montón de arena que se desmorona, sí a merced del viento, a merced de todos los que quieren hacer con él o un castillo o esparcirlo por lo-a aires. Jamás fué Ana recibiendo desde pequeña, sólidas piedras que constituyeran su edificio posterior ¿ qué le dió la sociedad? Dudas, morbosidad, maldad, ironía, burla, etc., elementos todos que sacuden hasta lo más íntimo a cualquier ser por seguro que sea y Ana no podía serlo.

Por todo esto, no es de sorprender que el Magistral se haga solidario de su salvación o perdición; responda a Anita: Sí, sí, hay

peligro, ya lo veo, gran peligro, pero nos salvaremos" (p.387) En una pareja que se ama no es indiferente la suerte que corra el otro; existe un nexo comprometedor: el amor. La actuación o no actuación del uno repercute dramáticamente en el otro. La suerte es ya pareja, común, conjunta; los dos para salvarse o los dos para perderse (implicando esto desde la propia realización así como la salvación como seres humanos).

La suerte está echada el Magistral está con la Regenta compartiendo su destino, pero ella no está enteramente con él; eso es lo drástico, lo triste del asunto. Eso lo siente, lo palpa en todo momento el Magistral y un día se lo dice a Ana :

... yo había soñado lo que parecía anunciarse desde nuestra primera entrevista, un espíritu compañero, un hermano menor, de sexo diferente para juntar facultades opuestas en armónica unión; yo había soñado que ya no era Vetusta para mí cárcel fría, ni semillero de envidias que se convierten en culebras, sino el lugar en que habitaba un espíritu noble, puro y delicado, que al buscarme para caminar en la vía santa de salvación, sin saberlo, me guiaba también por esa vía; (...). Pero no, usted desconfía de mí, no me cree - digno de su dirección espiritual, y para satisfacer esas ansias de amor ideal que siente, tal vez ya busca en el mundo quien la comprenda y pueda ser su confidente. (pp. 406-7).

Ana promete con verdadera pasión ser buena, seguir en adelante todos los consejos que le dé su padre espiritual y de verdad logra hacerlo. El Magistral está entonces en la época más deslumbrante de su vida, enamorado, radiante, feliz: " Aquello era vivir; lo demás

era vegetar (...) no quería más que gozar aquella dicha que se le entraba por el alma " (p.444).

... no quería más que hundir el alma en aquella pasión innominada que le hacía olvidar el mundo entero, su ambición de clérigo, las trampas sórdidas de su madre de que él era ejecutor, las calumnias, las cábalas de los enemigos (...) todo, todo, menos aquel lazo de dos almas, aquella intimidad con Ana Ozores. ¡ Cuántos años habían vivido cerca uno de otro sin conocerse, sin sospechar lo que les guardaba el destino ¡ Sí, el destino, pensaba el Magistral, no quería decirse a sí mismo la Providencia. (p.445).

Descubierta esta dicha el Magistral antes de perderla se promete a si mismo " ser platónico, siempre platónico o por lo menos indefinidamente en sus relaciones con la fiel y querida amiga " (p.449)

El Magistral ve en Ana una puerta abierta al mundo odioso en el que vive; es ella la que le va a permitir respirar y vivir al Magistral

El mundo sin una amistad como la suya era un páramo inhabitable; para las almas enamoradas de lo infinito, vivir en Vetusta la vida ordinaria de los demás era como encerrarse en un cuarto estrecho con un basero. Era el suicidio por asfixia... Pero abriendo aquella ventana que tenía vista al cielo, ya no había que temer. (p. 451).

Vemos todo el tiempo a partir de estos momentos un esfuerzo inaudito sobre todo por parte del Magistral por hacer de esa amistad lo más elevado y puro, de jamás mezclar los apetitos de los sentidos con este ideal; realmente lo logra ya que la Regenta con su auténtica inocencia es capaz de suscitar los más elevados pensamientos;

creo que el Magistral jamás hubiera pensado en una unión completa (unión que por otro lado jamás se realiza) , de no haber sido porque descubre que Ana busca a Mesía y que encuentra y cede al amor de éste; eso es lo que desquiciará a don Fermín, lo sacará de sus cabales; si no yo creo, siempre la hubiera respetado y adorado en esa comprensión increíble de dos almas que han sufrido toda su vida la ausencia del amor y hasta de las más insignificantes ternuras.

Las locuras del alma de la Regenta y su virtud la llevan a ofrecer su vida a cambio de que el Magistral goce libre de sus enemigos; que le dejen en paz. Yo creo en el fondo este deseo de la muerte en la Regenta está además justificado como que la vida le ha ofrecido (en realidad poca o casi nula felicidad, ella, contra todos y contra todo ha logrado su mayor y quizás único triunfo, el de su virtud y teme perderla, empieza a cansarse de la lucha (el asedio de don Alvaro es cada día peor). Pero desgraciadamente esas trágicas situaciones ya no suceden aunque a la Regenta quizás, en el fondo de su ser insatisfecho y sin salida, le hubiera venido bien, a la mejor.

... yo no quiero separarme del mártir (dice Ana al Magistral), que persiguen con calumnias como a pedradas... Quiero que las piedras que le hieran a usted me hieran a mí... , yo he de estar a sus pies hasta la muerte... ¡ Ya sé qué para sirvo yo ¡ ¡ Ya sé para que nací yo ¡ Para esto... Para estar a los pies del mártir que matan a calumnias... (p.506).

El Magistral descubre que ama a Ana y se confiesa ese amor

por el malvado de Gloucester quien le cuenta que la Regenta se ha desmayado en brazos de Mesía en un baile. Como un condenado a muerte, comienza a dar vueltas, a pensar en su amor, en todo lo que Ana significa para él. El amor que él conoce de Ana por don Alvaro es el que le corroe el alma al Magistral; es posible, como ya dije antes que éste hubiera seguido su platónica y hermosa amistad con Ana Ozores por considerarla muy por encima de vulgares apetitos

" Ay, sí, amor, y buen amor era todo aquello... Era un enamorado, el amor no era todo lascivia, era también aquella pena del desengaño, aquella soledad repentina, aquel dolor, dulce y amargo, todo junto, capaz de redimir la culpa más grave. Deber..., sacerdocio..., votos..., castidad..., todo esto le sonaba ahora a hueco; parecían palabras de una comedia. Le habían engañado, le habían pisoteado el alma, esto era lo cierto, lo positivo (...) Ana era suya, ésta era la ley suprema de justicia. Ella, ella misma lo había jurado; no me sabía para qué era suya, pero lo era. ..." (pp. 523-4).

Su amor con todas sus implicaciones se le presenta al Magistral con todo el dolor y más tarde la rebeldía, la ofensa del que se siente el esposo, y se muere de rabia, de celos, de impotencia ante la esposa infiel.

" ¡ Infame, infame ¡ Y le había ido a enseñarla cruz de diamantes a la capilla... para que le viese el traje en que le iba a deshonorar..., sí, a deshonorar... El era allí el dueño, el esposo, el esposo espiritual. ... Don Víctor no era más que un idiota incapaz de mirar por el honor propio, ni por el ajeno... ¡ Aquello era la mujer ¡ " (p. 524).

Don Fermín le reclama a la Regenta disimulando lo más que puede su dolor y su despecho; ésta primero evade la respuesta directa y una vez que se da cuenta de la realidad decide guardar su secreto, no decir (al fin no están en el confesionario) que ama a don Alvaro). Antes bien se queja, procurando despertar la compasión, de que está sola, de que ella no tiene madre. Don Fermín no sabe qué hacer; teme por la salud de Ana que amenaza con volverse loca, perder la razón. Todo el dolor de ver pérdida a la Regenta. (ha adivinado don Fermín que Ana le miente) se siente en el siguiente párrafo desgarrador :

- Silencio... No hay que gritar... No hay que hacer aspavientos... Yo no como a nadie... ¿ A qué ese miedo ?... ¿ Doy yo espanto, verdad?.....
 ¿ Por qué ? Yo... ¿ qué puedo? ¿ Yo quién soy? Yo... ¿ qué mando? Mi poder es espiritual... Y usted esta noche no creía en Dios... (...) Sin Dios puede usted ir a donde quiera, Ana... esto se acabó... Estoy en ridículo, Vetusta entera se rie de mí a carcajadas... Mesía me desprecia, me escupirá en cuanto me vea... El padre espiritual es un pobre diablo. ¡ Oh, pero por quien soy... ¡ Miserable ¡... ¡ Me insulta porque estoy preso ¡.. El Magistral se sacudió dentro de la sotana, como entre cadenas, y descargó un puñetazo de hércules sobre el testero del sofá (p. 257).

Sin saber qué hacer, temblando de rabia salió el Magistral de casa de doña Petronila. Ana no pudo moverse, dentro de su cerebro se escurría como un ladrón la más horrible verdad: don Fermín estaba enamorado de ella ¡.

" Sí, enamorado como un hombre, no con el amor místico, ideal, seráfico, que ella se había figurado. Tenía celos, moría de celos... El Magistral no era el hermano mayor del alma, era un hombre que debajo de la sotana ocultaba pasiones, amor, celos, ira... ¡ La amaba un canónigo ¡" (pp 527-8)

Se le derrumba el mundo por completo a la Regenta, su último reducto, el que le daba fuerzas, donde encontraba sidero a su desequilibrio mental y espiritual se derrumbaba de golpe; vió en toda su asquerosa dimensión la complicidad que existía en la casa de doña Petronila para perderla; siempre les dejaban solos, siempre en un salón a oscuras, horas y horas y además esta vieja al aparecerse antes hacía notar su entrada para, probablemente (ahora lo veía la Regenta) no interrumpir. Una vez más la sociedad se ha confulado para perderla y esos son los que se dicen buenos, espirituales.. .. Un torbellino de desorientación, de desaliento, de no querer saber más de nada, se apoderó y con razón de esta pobre mujer. Con una repugnancia instintiva protesta primero enérgicamente contra don Fermín; mas tarde le compadece, piensa que debe ser muy desgraciado; después de todo él le abrió el camino de la luz y de la virtud y al final, sin concederle nada pero siente hacia él una profunda consideración; ya no le juzga; le ha deshecho su mundo pero le perdona o al menos, no le juzga (lo han hecho tanto con ella que no quiere hacer Ana ya más daño).

Está Ana ante una encrucijada : le aman dos hombres; el Ma-

gistrál y don Alvaro, y ella no puede corresponder a ninguno de los dos. Decide huir de ambos y refugiarse en el hogar (del que se cansará bien pronto pues ni don Víctor ni su casa marchan tan bien como cuando ella no se inmiscuye). Al poco se aburre y reconoce que no encuentra nada en él que le satisfaga. Vuelve a pensar en don Fermín, ahora el tiempo que ha pasado ha suavizado la impresión desagradable del canónigo y hasta piensa que le ha calumniado ella también como el pueblo entero de Vetusta que habla de todas las faltas del Magistrál condenándolo irremisiblemente . Se despierta la compasión en la Regenta y escribe arrepentida una sentida y humilde carta a su hermano mayor del alma firmándose : " Su mejor amiga, su esclava, según ha jurado y sabrá cumplir : Ana " (p. 544). El Magistrál se desquicia, no cabe en sí de gozo; el mismo día que recibe la carta de Ana le ha mandado llamar el ateo del pueblo para que le confiese; dos triunfos en un solo día. Y esto será lo que pierda al Magistrál, volverá a confiar demasiado en su poder, con temor de perderla, hará algo que definitivamente la aleje de él: humilla a Ana o más bien acepta su humillación: Ana propone ir descalza como prueba de sumisión y de humildad a la procesión del Viernes Santo junto a su padre espiritual para darle su público apoyo y pregonar su dominio. Don Fermín pierde los estribos y en su orgullo, acepta este disparate que no elvaldrá sino para perder definitivamente a la Regenta. Sólo don Víctor captará todo el orgullo que existe en la aceptación del Magistrál de la proposi-

ción de Ana : " ¡ Eso, instrumento, vil instrumento! La lleva ahí como un triunfador romano a una esclava... detrás del carro de su gloria... " (p.556).

Para don Fermín, si bien fué su triunfo material sobre Vetusta, este acto le acabó de despojar de todo lo poco que de sacerdote quedaba en él. Se sabe el amo de Vetusta, ha confesado al único ateo que había en la ciudad y ha humillado a la más hermosa mujer de la misma.

... y era esto por él, se le debía a él solo (...)
 " ¿ Quién podía más ? " Y después de las sugerencias del orgullo, los temblores cardíacos de la esperanza del amor. " ¿ Qué serían, cómo serían en adelante sus relaciones con Ana ? Don Fermín se estremecía. Por de pronto mucha cautela (...) De Pas sentía que lo, poco de clérigo que quedaba en su alma desaparecía. Se comparaba a sí mismo a una concha vacía arrojada a la arena por las olas. "El era la cáscara de un sacerdote" (p. 559).

Ana capta este orgullo del Magistral: " Los triunfos habían desvanecido acaso a don Fermín. De todas suertes Ana ya no le tenía lástima; le veía triunfante abusar tal vez de la victoria, humillar al enemigo... Ahora veía ella claro; por lo menos no veía tan turbio como antes. Ella había sido tal vez un instrumento en manos de su hermano mayor " (p. 570).

Poco a poco, pero siempre descendente fué decayendo el poder del Magistral sobre la Regenta. Esto lo comprendió el mismo y como perder del todo a Ana le aterraba " fingía no ver, y mantenía

su poder espiritual claudicante " con puntales de tolerancia y estribos de paciencia" (p. 604).

La pierde definitivamente poco después. Por Petra, criada de la Regenta, se entera de que ésta es ya de don Alvaro. El dolor, la escena en que sucede esto es terrible. El Magistral sufre el más acervo dolor el que no puede salir a la luz del día, el que tiene que ahogarse dentro de sí, el que ha de callarse porque no se tiene derecho a hacer otra cosa. Las ideas más absurdas, las venganzas más cruentas se le ocurren a este hombre deshecho, aniquilado: " Estaba atado por todas partes ". Cualquier atrocidad de las que se le ocurran, que podía ser sublime en otro, en él se le antojaba, ante todo, grotesca, ridícula, Pero aquella sotana le quemaba el cuerpo. La idea de maníaco de que estaba vestido de máscara llegó a ser una obsesión intolerable " (p. 650).

No hay otra salida: es necesario buscar la venganza a través del único que puede vengarse con justa razón, don Víctor, a provocar su ira, a darle fuerza y rabia en su decisión para ver castigados a los culpables, iría don Fermín sin dilación alguna. Ve a don Víctor no muy decidido y no sale de ahí hasta que le ha convencido suficientemente: (con gran argucia) de la venganza. Sobreviene el duelo. Muere don Víctor; don Alvaro huye; para el tiempo y Ana que luchó meses entre la vida y la muerte, por fin un día decide ir a la iglesia y busca a su hermano del alma, una vez más vencida por el recuerdo de quien le

dió lo mejor de su vida. Toda la pasión, el rencor sordo acumulado a fuerza de silencio del Magistral, sale a flote en un encuentro dramático en que éste levanta los puños para agredir a Ana (ha pasado mucho tiempo pero él no puede olvidar la injuria de que fué objeto por parte de quien él en su pensamiento considera su mujer) La Regenta pierde el sentido, el Magistral (todavía puede más su amor que la venganza) , logra dominarse y furioso, se retira dejando a la Regenta tirada en la iglesia a merced de Celedonio quien viéndola dormida le da un asqueroso beso. Se sella así la vida de dos seres rica en posibilidades de realización, de elementos, pero desgraciadamente truncada por circunstancias adversas.

ANA de OZORES y D. VÍCTOR QUINTANAR

Ana acepta a don Víctor Quintanar como esposo para no ser una carga más para las tías. Pero desde un principio sabemos que no le ama: " ¿ No es una temeridad casarse sin amor? ¿ No decían que su vocación religiosa era falsa, que ella no servía para esposa de Jesús porque no lo amaba bastante? Pues si tampoco amaba a don Víctor, tampoco debía casarse con él " (p.100.). Desgraciadamente sólo lo pensó; la falta de un amor verdadero que le detuviera a reflexionar, la premura que demostraban sus tías para casarle, la recomendación de Ripamilán y sobre todo, el no tener otro más noble a quien amar, obligan prácticamente a Ana a ser la esposa de Quintanar.

Se casa a los diecinueve años (sin haber conocido nada del mundo ni del amor), con el Regente de la ciudad de cuarenta y pico (pico misterioso). Es éste un hombre curioso, un raro ejemplar humano, un verdadero sabio, serio, investigador, a quien le buscan prácticamente la novia y accede al saber los atributos físicos y espirituales de la joven Ana. Su pasión, su verdadera vida la constituye para don Víctor la cacería, a ella dedica sus mejores esfuerzos y vive para esos momentos que disfruta inmensamente con su amigo inseparable el buen Frígilis.

Al hacer Ana el repaso de su vida para su confesión general, después de pensar vagamente en don Alvaro, entre sueños, piensa en su esposo: " al fin sobre un fondo negro brilló entera la respetable y familiar figura de su don Víctor Quintanar con un nimbo de luz en torno. Aquel era el sujeto del sacrificio, como diría don Cayetano. Ana Ozores depositó un casto beso en la frente del caballero" (p.56).

Siempre que veamos aparecer a don Víctor, será así, como en el limbo, siempre una figura " respetable y familiar ", incapaz de inspirar otra cosa que respeto, cariño filial. Desde un principio vemos en las relaciones de este matrimonio más una relación padre-hija que esposo-esposa. Don Víctor siempre tratará a Ana como a una hija; siempre por ejemplo, se despide de ella por las noches " depositando un casto beso en su frente". Una figura capaz de inspirar tan sólo sacrificio, abnegación agradecimiento. El dará cuando mucho, unas rápidas palmaditas en el hombro de su esposa cuando éste reclame su presencia y algo más, para irse rápidamente a dormir pues las horas antes de la casa deben ser de descanso absoluto para gozar del pleno uso de sus facultades.

Desde un principio vemos la vida, de esta pareja, pacto de no agresión, de respeto, de no estorbarse en las mutuas aficiones (don Víctor sus pájaros y sus cacerías madrugadoras, Ana sus lecturas nocturnas y su levantarse hasta muy tarde) De común acuerdo.

No se recuerda quién, pero él piensa que Anita se atrevió a manifestar el deseo de una separación en cuanto al tálamo (. . .) Fué acogida con mal disimulado júbilo la proposición tímida y el matrimonio mejor avenida del mundo dividió el lecho.. (p.60).

Se delimitan campos desde el principio; don Víctor dice "

La libertad de cada cual se extiende hasta el límite en que empieza la libertad de los demás; por tener esto en cuenta, he sido siempre feliz en mi matrimonio " (p.60). Pero no significa esto un ceder ante la libertad, los derechos del otro, un querer secundarle en sus deseos, complacerle; aquí se siente que es un delimitar los campos de acción del otro para que no interfieran en el propio. Acá lo mío, más allá " lo tuyo " . " Ella se fué al otro extremo del caserón" (p.60). Y parece que mientras más lejos mejor.

Ana captó desde el instante en que se casa con don Víctor, en todo su dramático esplendor, su vida futura

Don Víctor era la muralla de la China de sus ensueños. Toda fantástica aparición que rebasar de aquello cinco pies y varias pulgadas de hombre que tenía al lado, era un delito. Todo había concluido... sin haber empezado. (p. 105).

Se siente predestinada a una vida necia y ha recibido tantos golpes, que creo por eso no opone resistencia alguna a que decidan por ella, porque al fin y al cabo nada pierde y quizás gana. En estas líneas anteriores sentí un terrible desaliento, se capta un determinismo fulminante, definitivo; la infeliz recién casada se da cuenta, con

una clarividencia sorprendente de su vida futura, muerta, vacía al lado de aquel señor que se llevaba entre las colas de su levita sus ensueños. En la berlina misma que conduce a los recién casados, no faltan ejemplares de obras de teatro que don Víctor, con la mayor naturalidad, se atreve a ir leyendo, ignorando desde un principio las leyes más elementales de atención de un esposo. Esto lo ha hecho siempre y sus lecturas no se verán interrumpidas, así como tampoco ninguno de sus hábitos anteriores a su matrimonio. El héroe de las epopeyas mil veces imaginadas por Ana está muy pero muy lejano de este caballeroso y egoísta señor.

Cuando Ana sale una noche, ya lo hemos visto antes, en busca de algo, se prende con una trampa de zorros hecha por su marido. Le duele el brazo muchísimo pero su rabia se descarga totalmente sobre don Víctor. Capta en esos momentos que tiene muchas aficiones pero ninguna le asemeja a un buen marido

... era botánico, ornitólogo, floricultor, arboricultor, cazador, crítico de comedias, cómico, jurisconsulto, todo menos un marido. Quería más a Frígilis que a su mujer (p. 189).

La Regenta busca no ser injusta, encontrar atributos en don Víctor, pero de que le servían los que le encontraba si ella seguía viviendo sin amor

" ¡ Oh, y lo que es como un padre se había hecho querer, eso sí; ¡ no podía ella acostarse sin un beso de su marido en la frente. Pero llegaba la primavera, y ella misma, ella le buscaba los besos en la boca; le

remordía no quererle como marido, de no desear sus caricias; y además tenía miedo a los sentidos excitados en vano. De todo aquello resultaba una gran injusticia, no sabía de quién un dolor irremediable que ni siquiera tenía el atractivo de los dolores poéticos; era un dolor vergonzoso..." (p. 190 #

Es preferible la generosidad de un momento; un acto heroico es más fácil me parece en determinado momento, que toda una vida de privaciones, que diario, día a día, se tenga que soportar vivir sin amor.

Por eso no es de extrañar que cuando la Regenta le necesite como marido, cuando le busque después de estar huyendo de Mesía, se nos presente don Víctor en toda su dramática y ridícula realidad; llega del teatro y Ana le suplica que esté un rato con ella, que le acaricie, que la ame y él se impacienta, le rehuye, atribuye esos deseos de la Regenta, esos desasosiegos, a los nervios; definitivamente tiene muchísimo sueño y la madrugada para ir de caza no se hace esperar. Como solución terminante a esa situación violenta como su mujer le dice

- Nada; fallo (no olvidemos que es juez y dicta veredictos) que debo condenar y condeno esta vida que haces, y desde mañana mismo, otra nueva. Iremos a todas partes, y si me apuras, le mando a Paco o al mismísimo Mesía, el Tenorio, el simpático Tenorio, que te enamoren... (p. 194).

Cuánta confianza debe tener en Ana para decir semejante tontería o en el fondo quizá desea que le ayuden ellos un poco con todas estas complicaciones que él se siente incapaz de resolver. Muy mo-

lesto don Víctor con estos nervios de su mujer, se retira: " Bostezó don Víctor y salió del gabinete después de depositar un casto beso en la frente de su mujer" (p. 195). Ya, rápido, antes de que empiece otra vez , una vez dictada la sentencia se marcha (bastante tiempo he perdido ya de sueño,) .

Ana está convencida de que Alvaro la ama verdaderamente y que don Víctor les estorba, aunque si miramos bien, ese estorbo le ha merecido la atención y dedicación de hombre tan ilustre como el Magistral

En rigor, don Víctor era un respetable estorbo. Pero ella le quería, estaba segura de ello, le quería con un cariño filial, mezclado de cierta confianza conyugal... Y además, si no fuera por don Víctor, el Magistral no tendría por qué defenderla, ni aquella lucha entre dos hombres distinguidos que comenzaba aquella tarde tendría razón de ser. No había que olvidar que don Fermín no la quería ni la podía querer para sí, sino para don Víctor (p. 278)

En este párrafo vemos el panorama que de la situación tiene la Regenta: don Alvaro la ama, ella no le corresponde; le estorba don Víctor pero le quiere (a su manera); el Magistral sólo la está defendiendo, sin darse cuenta de que en esta defensa está comprometiéndose a fondo. Aquí las cosas todavía no ha sucedido nada, ni la Regenta se ha enamorado de Mesía, ni el Magistral de ella todavía.

En el complot para que el Magistral se quede en la comida de los Vegallan está don Víctor; desea que aquel se quede para que

su mujer lo vea en ridículo (se le ha dicho que se le invita al Magistral para que Obdulia coquetea con él poniéndole en evidencia).

Considera irreverente el propósito a pesar de que

... " él consideraba a los curas tan hombres como los demás".

- Por otra parte- añadió el ex regente- , me alegro de que don Fermín coma con nosotros , porque de ese modo se le quitará a mi mujer la idea empecada de ir a reconciliar esta tarde... Quiero que se acostumbre a ver a su nuevo confesor de cerca para que se convenza de que es un hombre como los demás (p. 261).

Pobre Quintanar, pero es él siempre el que pone a su mujer los manjares delante; le acaba de recomendar a don Alvaro para que se desaburra. Desde luego que él tenía una fe ciega en Anita, más ciega por comodidad que por amor. Don Víctor cosifica a su mujer; Ana es para él una especie de bella estatua llamada " esposa " y dentro de esa cosa va implícita la fidelidad.

Sabemos que Ana vive separada de su esposo.

no por reyerta, ni causa alguna vergonzosa, sino por falta de iniciativa en el esposo y de amor en ella. Sí, eso lo confesó Ana, ella no amaba a su don Víctor como una mujer debe amar al hombre que escogió, o le escogieron, por compañero; otra cosa había: ella sentía más y más cada vez, gritos formidables de la naturaleza, que la arrastraban a no sabía que abismos oscuros, donde no quería caer; sentía tristezas profundas, caprichosas; ternura sin objeto conocido; ansiedades inefables; sequedades del ánimo repentinas, agrias, espinosas, y todo ello la volvía loca, tenía miedo de no saber a que, y buscaba el amparo de la religión para luchar por los peligros de aquel estado (p. 329):

Y en otra ocasión también había dicho al Magistral : " ... que sería hipócrita si aseguraba que bastaba para colmar los anhelos que sentía el cariño suave, frío, prosaico, distraído de Quintanar, entregado a sus comedias, a sus colecciones, a su amigo Frígilis y a su escopeta.... (p.p. 362-3).

Para darnos una idea más clara aún de lo que importa Ana a su marido baste saber que algunas veces se le olvida que existe; ni la rutina se la recuerda. Al llegar una vez a su casa : " Quintanar no preguntó por su mujer; no era esto nuevo en él; solía olvidarla, sobre todo cuando tenía algo entre manos" (p. 365).

Hay escenas tiernas (muy pocas por otro lado) entre los esposos aunque cada vez se van alejando más , imperceptiblemente

Su don Víctor, a quien en principio ella estimaba, respetaba, y hasta quería, todo lo que era menester, a su juicio, le iba pareciendo más insustancial cada día (...) Mientras pensaba en el marido abstracto, todo iba bien; sabía ella que su deber era amarlo, cuidarlo, obedecerle; pero se presentaba el señor Quintanar con el lazo de la corbata de seda negra torcido, junto a una oreja, vivaracho, inquieto, lleno de pensamientos insignificantes, ocupado en cualquier cosa baladí, tomando con todo el calor natural lo más mezquino y digno de olvido, y ella sin poder remediarlo, y con más fuerza por causa del disimulo, sentía un recor sordo, irracional, pero invencible por el momento, y culpaba al universo entero del absurdo de estar unida para siempre con semejante hombre (p. 379,).

Ana le busca definitivamente; trata de convencer a don Víctor por amor, pero siempre que acude a él le ve en ridículo. En una ocasión lo encuentra (la puerta entreabierta) declamando versos de lan-

ces de honor, absolutamente en una situación grotesca, con un ridículo atuendo

Como la Regenta no estaba en antecedentes, sintió el alma en los pies al considerar que aquel hombre con gorro y chaqueta de franela que repartía mandobles desde la cama a la una de la noche, era su marido, la única persona de este mundo que tenía derecho a las caricias de ella, a su amor, a procurarle aquellas delicias que ella suponía en la maternidad, que tanto hechaba de menos ahora, con motivo del portal de Belén (...) y encontraba a su marido declamando de medio cuerpo arriba, como un muñeco de resortes que salta en una caja de sorpresas. La ola de la indignación subió al rostro de la Regenta y lo cubrió de llamas rojas (p. 502).

Pero más absurda aparece la figura de Quintanar cuando le pide a don Alvaro que seduzca a su mujer; es en la procesión del Viernes Santo, al ver a su mujer fanatizada por el Magistral

- ¡ Lo juro por mi nombre honrado; ¡ Antes que esto, prefiero verla en brazos de un amante; Sí, mil veces, sí - añadió -, ¡ búsqúenle un amante, sedúzcanmela; todo, antes que verla en brazos del fanatismo;.... (p. 560).

Después de lo del Viernes Santo Ana y don Víctor se han ido de Vetusta a la casa de los Vegallana, pasan unos días de tranquila y dulce estabilidad, Ana y su marido, pueden estar juntos, felices aparentemente, porque luego hay en el diario de la Regenta un pasaje de lo más significativo, una alusión a su vida con Quintanar en la vida descrita de un palomar

La vida común con sus horas de hastío, de descuido, de pereza pública, se refleja en las posturas de esas palomas, en sus pasos cortos, en el sacudir de las

alas. Hay parejas que se juntan por costumbre, por deber, pero se aburren como si cada cual estuviese en el desierto. De repente el macho, supongo que será el macho, tiene una idea, un remordimiento, improvisa una pasión que está muy lejos de sentir, y besa a la hembra, y hace la rueda, y canta la rucutucua y se eriza de plumas... Ella, sorprendida, sin sacudir la pereza corresponde con tibias caricias, y a poco, ambos fatigados, soñolientos, encontrando en la molicie de mojarse inmóviles, inflados, mayor voluptuosidad que en los devaneos, vuelven a su quietismo, tranquilos, sin rencores, sin engaño, sin quejarse de la mutua displicencia. ¡ Racionales palomas; Quintanar ronca; yo escribo... Pie atrás. Esto no va bien. Había algo de ironía... (p.p. 568-9).

Así como las palomas que parecen improvisar una pasión repentina que están muy lejos de sentir, don Víctor de vez en cuando, es expansivo con su esposa; pero esto no dura mucho. Don Alvaro no ha cesado de asediar la fortaleza de la Regenta, y ésta después de años, pasando por mil torturas cede por fin al amor adúltero. Don Víctor lejos de sospechar algo vive más feliz que nunca ya que el humor de su esposa ahora es inmejorable (claro como que vive el amor) Corresponde a la pérfida criada de la Regenta descubrir los amores de su señora con Mesía: adelanta el reloj de don Víctor: despertando éste justo cuando sale don Alvaro del balcón de Anita. Don Víctor no da crédito, se le nublan los ojos y en un instante dolorosísimo capta toda su desgracia

... y el dolor de la traición le pinchó por la vez primera con fuerza bastante para arrancarle lágrimas. Lloró como un anciano, y pensó en que ya lo era. (...) " Ay, sí, era un pobre viejo; un pobre viejo, y le engañaban, se burlaban de él. Llegaba la edad en

que iba a necesitar una compañera, como un báculo. . . . , y el báculo se le rompía en las manos, la compañera le hacía traición, iba a estar solo. . . . , solo ; le abandonaban la mujer y el amigo. . . . "

(. . .) No sentía celos, no sentía en aquel momento la vergüenza de la deshonra (. . .) quería más ahora que nunca, pero claramente sentía que no era aquel amor de amante, amor de esposo enamorado, sino como de amigo tierno, y de padre. . . . , sí de padre dulce, indulgente y deseoso de cuidados y atenciones) (p. 632).

Da verdadera compasión ver al pobre hombre en desgracia pero es que nunca debió aceptar casarse si era como era.

" No sé lo que debo hacer, ni lo que debo pensar siquiera, Anita me engaña, es una infame, sí. . . . , pero ¿ y yo ? ¿ No la engaño yo a ella ? ¿ Con que derecho uní mi frialdad de viejo distraído y frío a los ardores y a los sueños de su juventud romántica y extremosa ? ¿ Y por qué alegué derechos de miedad para no servir como soldado del matrimonio y pretendí después batirme como contrabandista del adulterio ? (p. 639).

Después de mucho pensarlo, sabe muy bien qué debe hacer (no en balde ha leído hasta indigestarse lances de honor) y acaba decidiéndose a batirse en duelo con don Alvaro, Inexplicablemente, él era muy hábil en el manejo de las armas, es muerto a manos de un cobarde, que no sabe nada de pistolas. Su muerte sumirá a Ana en la más abyecta desgracia, en el desprecio más marcado dentro del mundo vetustense.

ANA y DON ALVARO MESIA

Don Alvaro Mesía era el hombre más apuesto de Vetusta; su personalidad se imponía aún en el Casino donde no se respetaba a nada ni a nadie. Es famoso por su elegancia, por su gallardía, pero sobre todo por su irresistible fuerza para conquistar a las mujeres, un embrujo magnético hasta ahora le ha acompañado y no hay en Vetusta y sus alrededores mujer de todas las condiciones sociales, que se le haya resistido. La única, hasta ahora, ha sido la Regenta.

Paso por paso, lentamente va teniendo una red sutil pero indestructible alrededor de tan digna dama; todo lo aprovecha, de todo abusa; utiliza a los demás, para la consecución de sus fines (le vemos convenciendo a Paco Vegallana de que su amor por Ana es lo más puro que existe para que le ayude; más tarde abusará del propio don Víctor procurando su amistad para estar más cerca de la Regenta). Es un cínico, fatuo, vanidoso, un ser frío y calculador que no se detiene ante nada, incapaz de sentir un sentimiento noble por nadie ni por nada. " Creo en mí y no creo en ellas " (p. 135) era su divisa. " El era, ante todo, un hombre político, un hombre político que aprovechaba el amor y otras pasiones para el medro pasional " (p.135).

Le molestan los comentarios alrededor de la virtud de la Regenta. Quiere vencer a la Regenta más por probar su irresistible

personalidad y su maestría en lances de amor que por amor mismo.

Tan mujer era la Regenta como las demás; ¿ por qué se empeñaban todas en imaginarla invulnerable ?
 ¿ Qué blindaje llevaba en el corazón ? ¿ Con qué unto singular, milagroso, hacía incombustible la carne flaca aquella hembra ? Mesía no creía en la virtud ab soluta de la mujer; en esto pensaba que consistía la superioridad que todos le reconocía. Un hombre hermoso, como él lo era sin duda, con tales ideas tenía que ser irresistible. (p. 134).

Irresistible sí pero por fatuo, por odioso. Lo vemos desenvolverse en sus conquistas, como siguiendo una receta, con toda la frial dad de quien busca algún ingrediente que le falta para consumir su platillo favorito, Las personas que le pueden ayudar llaméanse maridos o amigos, las frases, situaciones más favorecedoras, hasta los sitios (especialmente la casa de los marqueses de Vegallana), de amplia tolerancia.

Se cree, se sabe irresistible; cree que basta su sola presencia, el más mínimo contacto con su víctima para precipitarla en sus brazos derretida ante su fuego incontenible

Para tener idea de lo que Mesía pensaba del prestigio de su físico, hay que figurarse una máquina eléctrica con conciencia de que puede echar chispas. El se creía una máquina eléctrica de amor (...) Se creía hombre de talento - él era principalmente un político-; confiaba en su experiencia de hombre de mundo, y en su arte de Tenorio, pero humildemente se declaraba a sí mismo que todo esto era nada comparado con el prestigio de su belleza corporal (p. 178)

Un ególatra, un ser entregado a rendir culto en el altar de su belleza sacrificando cuanta infeliz se le pusiera adelante, incapaz

de sentir, un átomo de lejos aunque sea, de un sentimiento tan profundo como es el amor.

Para fundamentar su materialismo (pues por pose le dá también por pensar), lee algunos libros pero éstos sólo le sirvieron para convencerse aún más de su armónico conjunto: " Ya no veía más que átomos, y su buena figura era un feliz conjunto de moléculas en forma de gancho para prender a todas las mujeres bonitas que se le pusieran delante " (pp. 178-9).

Llega a tal grado su cinismo que es capaz de fingir hasta abnegación, dulzura y demás sentimientos nobles engañando al más plantado; su ruindad no conoce límites, cuenta con las armas que quiera, es maquiavélico

En cada casa entraba según lo exigía la vida de aquel hogar. Jugaba al escondite con los niños, les fabricaba pajaritas de papel, jugaba al dominó con la abuela, servía a la madre de devanadera, oía con paciencia y fingida atención las lucubraciones socialistas y humanitarias del padre, encantaba a todos; llegaba a ser el tertulio necesario, el paño de lágrimas, el consejero, el mejor ornamento de la casa; la llenaba con su hermosa presencia; era dulce, cariñoso, tenía blanduras de padrazo; cuidaba los intereses domésticos como si fueran propios, hasta ponía paz entre los criados y los amos (p.429)

Al ver esto, al ser capaz don Alvaro de todas esas maravillas sentimos una rabia, un mal sabor de boca al ver tanta posibilidad de hacer verdaderamente felices a los demás desperdiciada. Mesía al relatar todo lo anterior no está sino dando apuntes, técnicas de seducción en el Casino ante las miradas atentas y estupefactas de todos.

Su táctica con ellos ha sido el silencio, la discreción que aumentan su fama como el misterio, pero ahora que está hablando como nunca lo ha hecho, es para recordarse a sí mismo todos sus valores, sus posibilidades (lo trae muy preocupado la conquista de la Regenta, ha empezado a contagiarse de la creencia de todo el pueblo sobre su virtud); " ... aunque se lo ocultase a sí mismo, no las tenía todas consigo. Por eso le irritaba más la supersticiosa fe de Vestusta en la virtud de aquella señora; le irritaba más por que él, sin querer, participaba de aquella fe estúpida." (p. 136). "Y sintió co-mezón de hablar, de contar sus hazañas. Este prurito era nuevo en él, no lo había sentido hasta que la Regenta le había humillado con su resistencia " (p. 428). " Mesía se dejaba ver por dentro, más que por complacer a sus oyentes, por oírse a sí mismo, por saber que él era todavía quien era " (p. 429)

Don Alvaro se presenta a la Regenta " brindando con la protesta, con aquella amable, brillante, dulcísima protesta de los sen-tidos poetizados " (p. 379). Ana significa para don Alvaro la forta-leza, más pre-ciada cuanto más obstinada en su virtud.

Ella se ha encargado de llenar su mente y su corazón de men-tiras poéticas, de romances increíbles, de héroes audaces, o sea ha ido preparando el camino para que cuando don Alvaro se presente ya dispuesto a todo, ella le encuentre en correspondencia con el héroe de su imaginación.

La conquista lleva ya dos años, muchos la paciencia del tenorio que comienza a desesperar; ha seguido todas sus tácticas empleadas para las mujeres difíciles y nada, Anita parece ignorar le por completo.

"¡Vergüenza le daba confesárselo a sí propio; Dos años hacía que ella debía de creerle enamorado de sus prendas ¡ Sí, dos años llevaba de prudente, sigiloso culto externo, casi siempre mudo, sin más elocuencia que la de sus ojos, ciertas idas y venidas, y determinadas actitudes ora de tristeza, ora de impaciencia, tal vez de desesperación" (p.135)

Pero ahora " había que dar un asalto. Ya debía de estar aquello bastante preparado. Aquello era el corazón de la Regenta" (p.136). Con lo que no contaba el orgulloso Mesía era con el cambio de confesor de la Regenta, mismo que le dará las fuerzas para resistir una larga temporada todavía.

La táctica de conquista de don Alvaro no es muy clara para la Regenta; conoce que éste la ama hace ya mucho tiempo y de repente (cuando Ana ya ha decidido que no va a ceder pero que va a dejarse tentar); don Alvaro finge absoluta indiferencia, piensa Ana

" ¿ serían ilusiones mías? ¡ Nada más que ilusiones; ¡ Pero no podía ser; " Y sentía sudores y escalofríos al imaginarlo. Nunca, nunca accedería, ella a satisfacer las ansias que aquellas miradas le revelaban con muda elocuencia; sería virtuosa siempre, consumaría el sacrificio, su don Víctor y nada más, es, decir, nada; pero la nada era su dote de amor. ¡ Más renunciar a la tentación misma; Esto era

///

masiado. La tentación era suya, su único placer.
¡Bastante hacía con no dejarse vencer, pero quería dejarse tentar! "

La idea de que Mesías nada esperaba de ella, ni nada solicitaba, le parecía un agujero negro abierto en su corazón que se iba llenando de vacío. " No, no; la tentación era suya, su placer, el único; ¿ Qué haría si no luchaba?... (la virtud) ... era fácil, bien lo sabía ella, pero si le quitaban la tentación no tenía mérito, sería prosa pura, una cosa vetustense, lo que ella más aborrecía... " (p.180).

Sus relaciones oscilan entre un acercamiento, un diálogo amoroso sobrentendido, miradas de amor, y retrocesos, accesos de misticismo en Ana de los que no quiere saber nada don Alvaro, etc. Cuando por primera vez en su vida, a tenido la oportunidad de hablar con la Regenta a solas, no pudo hacerlo. Aunque se decía a sí mismo una de sus divisas " Yo y la ocasión", al verla con la cabeza pegada a la reja del jardín, ensimismada, no se atrevió a acercarse :

... no pudo hablar, no pudo detenerse. Tuvo miedo a su víctima. La superstición vetustense respecto de la virtud de Ana la sintió él en sí; aquella virtud, como el Cid, ahuyentaba al enemigo después de muerta acaso; él huir, ¡ lo que nunca había hecho! Tenía miedo. ¡ La primera vez! (p. 192).

Ella al verlo, con virtud instintiva, huye, don Alvaro no le habla pero el daño está ya hecho, ha logrado penetrar el alma de la Regenta: " Sí, sentía ella que don Alvaro se infiltraba, se infiltraba en las almas, se filtraba por las piedras; en aquella casa todo se iba llenando de él (...)"La proximidad del amor había dejado un perfume en el alma de la Regenta que empezaba a infestarse " (pp.192-3).

Decid~~2~~ luchar; a don Alvaro debe ya la ruptura de la monotonía de la vida, con esto le basta, lo demás será sólo resistir la tentación

Aquella tentación fuerte, prometiendo encantos, placeres desconocidos, era un enemigo digno de ella. Prefería luchar así. La lucha vulgar de la vida ordinaria, la batalla de todos los días con el hastío, el ridículo, la prosa, la fatigaban; era una guerra en un subterráneo entre fango. Pero luchar con un hombre hermoso, que acecha, que se aparece como un conjuro a un pensamiento; que llama desde la sombra; que tiene como una aureola, un perfume de amor....., esto era algo, esto era digno de ella. Lucharía... (P.193)

Negaré siempre Ana que exista amor ya entre ella y don Alvaro, sólo negando este sentimiento podrá permanecer al lado de él sin culpa alguna, según ella. Por su parte el tenorio no menciona, no hace alusión alguna, (después de la escena en el parque), sólo su tono es ya más cálido, más familiar. Su táctica está bien clara: inculcar confianza, seguridad en la Regenta; presentarse ante ella jovial, franco, abierto; no el silencio que otorga, que puede ser sospechoso y crear desconfianza; la franca cordialidad que rompa el hielo y siembra amistad, acercamiento.

Cuando don Alvaro callaba, ella volvía a sus miedos, se le figuraba que él también podía pensar en lo que mediaba entre ambos, en la aparición diabólica de la noche anterior, en el paseo por las calles, y en tantas citas implícitas, buscadas, indagadas, solicitadas sin saber cómo por él; cobarde, criminalmente consentidas por ella (p. 264).

Ana va cayendo imperceptiblemente en los hilos del seductor.

Reconoce lo agradable que es su perfume, lo hermosas que son sus finas manos, su impecable elegancia: " Parecía una sombra protectora, un abrigo, un apoyo; se estaba bien junto aquel hombre como una fortaleza(...) No podía haber pecado ni cosa parecida en reconocer que todo aquello era agradable, parecía bien y debía ser así" (p. 264).

Existe una línea sutil (sobre todo en cuestiones de amor), entre el bien y el mal y se necesita una autenticidad valiente, una severa sinceridad, una rectitud serena para poder juzgar si está bien o mal y además actuar según la propia conciencia. Si Ana estaba decidida a no corresponder a don Alvaro, a mi modo de ver se sobrestimó dejándose tentar; el gusto consentido debilita la voluntad y el retroceder después se hace más difícil.

Don Alvaro ha convencido a la Regenta, sin decírselo todavía que siente por ella verdadero amor; esto la hará a ella más débil todavía; ceder ante un libertino que busca satisfacer los deseos del cuerpo, jamás, pero inspirar amor verdadero eso ya es otra cosa. Mesía " estaba demostrando mucho tacto, gran prudencia y, lo que era peor, un interés verdadero por ella. Eso sí, ya estaba convencida; don Alvaro no quería vencerla por capricho, ni por vanidad, sino por verdadero amor; de fijo aquel hombre hubiera preferido encontrarla soltera "(p. 278). Su calma, su lenta pero decidida aparición en el escenario de Ana ha empezado a fructificar, le ha permitido llegar

a lo hondo.

Mesía por su lado va alimentando una rabia sorda hacia la Regenta, le molesta muchísimo lo que le ha hecho esperar, así como todos sus romanticismos que le parecen a él una pérdida de tiempo: " se impacientaba ante aquel romanticismo de la Regenta. El creía firmemente que " no había más amor que uno, el material, el de los sentidos " (p. 328).

La aparición luminosa de Mesía a caballo (blanco para corresponder más aún a las fantasías de la Regenta) ? en la plaza provoca en ella " un motín general del alma " (p.334); " Ana se sentía caer en un pozo (...) sentía deshacerse el hielo, humedecerse la aridez " (p.333).

Ya en este encuentro hay un entendimiento de enamorados entre ellos

Callaron después de haber dicho tantas cosas. No se había hablado palabra de amor, es claro; ni don Alvaro se había permitido galantería alguna directa y sobrada significativa; mas no por eso dejaban de estar los dos convencidos de que por señas invisibles, por efluvios, por adivinación o como fuera, uno a otro se lo estaban diciendo todo (p. 333).

En esta escena asistimos a la rendición del alma de la Regenta

Ello era que, sin saber por qué, Ana, nerviosa, vio aparecer a don Alvaro como un naufrago puede ver el buque salvador que viene a sacarle de un peñón aislado en el océano. Ideas y sentimientos que ella tenía aprisionados como peligrosos enemigos rompieron las ligaduras; y fué un motín general del alma, que hubiera asustado al Magistral de haberlo visto, lo que

la Regenta sintió con deleite dentro de sí (p. 334)

Es una promesa de luz, de fuerza, de alegría en medio de un día muerto, acalorado, triste y deprimente; como un sol entró Mesía iluminando la plaza con su arrogante figura, lástima que sea de oropel.

Un proceso de defensa inconsciente de la Regenta ante los ataques de don Alvaro es el de sublimarse, el de elevarse a regiones etéreas de la imaginación, de la emoción o de la fantasía dejando acá al galán en ascuas. La noche de la representación del Don Juan de Zorrilla (Ana lo ve por primera vez)

" Ella estaba aquella noche.... en punto de caramelo" (frase simbólica en el pensamiento de Mesía) y con todo no se atrevió. No se acercó ni más ni menos; y eso que ya no tenía allí caballo que le estorbaba. " ¡ Pero la buena señora se había sublimizado tanto; Y como él por no perderla de vista, y por agradarla, se había hecho el romántico también, el espiritual, el místico...., ¡ quién diablos iba ahora a arriesgar un ataque personal y pedestre;... Se había pues to aquello en una tesitura endemoniada" (p. 348).

Pero la plaza no se rinde. Cree el tenorio tenerla ya y Ana se eleva a la estratósfera. Mesía se desespera y llega incluso a odiarla : " Es una mujer rara...., histérica... (...) No quería confesar que se tenía por derrotado (...) ¡ Ah, Regenta, Regenta, si venzo al fin... ya me las pagarás ¡". Pero ya no esperaba vencer; lidiaba desesperado " (p. 381).

El amor de don Alvaro para Ana es una especie de desquite

de la sociedad; desea verle humillado, de alguna manera han de compensarle tanta injusticia; como una diosa acepta el sacrificio de este hombre que ella supone enamorado y sufriendo a más no poder; existe una especie de juego sádico por parte de la Regenta.

... no sería jamás suya, eso no (...) pero tenerle a su lado, sentirle quererla, adorarla, esos si (...)
Ella le miraba con llamaradas que apagaba al brotar de los ojos, le sonreía como una diosa que admite el holocausto, pero no una diosa humilde, maternal, llena de caridad y de gracia, sino de amor de fuego.
(p. 400).

Así continúa el juego peligroso de aceptación implícita, de otorgamiento tácito, de actitudes comprometedoras aunado todavía a un rechazo mental por parte de la Regenta cada vez que reflexiona sobre sus relaciones con don Alvaro. Se engaña a sí misma pensando todavía en que a la mejor éste pide tan sólo una amistad romántica, platónica.

" No, no se propasaba; no hacía más que admirarla, amarla en silencio. Ni una palabra peligrosa, ni un gesto atrevido, nada de acechar ocasiones, nada de buscar escenas; una honradez cabal, el amor que respeta la honra, la pasión que se alimenta de ver y respirar el ambiente que rodea al ser amado. El placer que ella sentía, también tenía que confesárselo, era el más intenso que había saboreado en su vida. Poco decir era porque ¡ había gozado tan poco! ". Al sentir cerca de sí a don Alvaro, segura de que no había peligro, respiraba con delicia, dejaba el espíritu en una somnolencia moral que la tenía bajo los efectos del opio. Comparaba ella la situación a la ventura de flotar sobre mansa corriente perezosa, sombría, a la hora de la siesta; el agua va al abismo, el cuerpo flota... , pero hay la seguridad de salir de la corriente cuando el peligro se acerque; basta con un esfuerzo

dos de los brazos y se está afuera, en la orilla... Ya sabía Ana en sus adentros que aquello no estaba bien, porque ella no podía responder de la prudencia de don Alvaro. " ¿ Pero no estaba segura de sí misma? Sí, pues, entonces (...). Lo mejor era callar, estar alerta, y ... gozar la tibia llama de la pasión de soslayo; que con ser poco tal calor, era la más viva hoguera a que ella se había arrimado en su vida". (pp. 403-4).

Después de haberse dejado ir, luego de haber paladeado dichas inefables, la Regenta desea y logra dar marcha atrás; viste hábito del Carmen, se dedica a una vida de oración y sacrificio pero ya el daño está hecho; lágrimas amargas y penosas le arranca el deseo de apartar de su mente a Mesía; aparentemente lo logra pero en el fondo, surge otra vez la pasión. Se ha entregado a Dios con toda la fuerza de su pasión " Pero el enemigo era fuerte, mucho más de lo que ella había creído. Otras veces había desafiado el peligro; ahora temblaba delante de él." (p. 460).

Ya no dudaba que aquel hombre representaba para ella la perdición, pero tampoco estaba enamorada de él cuanto en ella había de mundano, carnal, frágil y perecedero. Ya no se hubiera atrevido, como en otro tiempo, a mirarle cara a cara, a verle a su lado horas y horas, a probarle que su presencia la dejaba impasible; no, ahora huir de él, de su sombra, de su recuerdo(...) esto era humildad, lo de antes orgullo loco .(p.475)

Esta mujer profundamente insatisfecha , ¿de qué podía estar Ana satisfecha, qué había habido en su vida que le llenara el alma de orgullo y le diera razón de vivir ?), busca primero en la piedad, en la religión, un consuelo; pero ésta no está al capricho de quien ve en ella una tabla de salvación; busca el amor de su marido y lo encuentra ridí-

culo y despreocupado; su alma y todo su cuerpo reclaman amar pero no encuentran un objeto o sujeto lícito a su alrededor... la infidelidad es inminente, no la justifico, sólo trato de explicarla, de acercarse un poco a esta atormentada protagonista.

El baile de carnaval es una ocasión magnífica para Mesía. Es don Víctor quien pide a don Alvaro que saque a bailar a su esposa, ella no encuentra como rehusarse y baila con él. Es su perdición; Mesía capta que es éste el primer abrazo de Ana; ella pierde el sentido: " se le figuraba que dentro de ella se había roto algo, la virtud, la fe, la vergüenza, estaba perdida, pensaba vagamente" (p. 520).

Después de esfuerzos inauditos, de torturas mentales que le sumían en crisis nerviosas espantosas la Regenta reflexiona

¡ Mi salud-pensaba-exige que yo sea como todas; basta para siempre de cavilaciones y propósitos quijotescos y excesivos; quiero paz, quiero calma... seré como todas. Mi honor no padecerá... (...) .
La pasión, menos vocinglera que antes, subrepticia, seguía minando el terreno, y a los pocos latidos de la conciencia contestaba con sofismas. (p. 594).

Al descubrir la pasión, el amor que ha suscitado en el Magistral, Ana enredándose en sofismas, huía del clérigo inclinándose hacia Mesía " Y le parecía que el pecado de querer a un Mesía era ya poco menos que nada, sobre todo si servía para huir de los amores de un Magistral" (p. 595).

Sobreviene ya la inevitable declaración de amor por parte

de Mesía; el terreno no podía estar más preparado, Su primera declaración de amor de la Regenta a quien nadie en su vida le había hablado de ese sentimiento maravilloso a pesar de ser casada y acercarse a los treinta años. Escucha la declaración de Mesía que toca todas las fibras más tiernas del corazón de la Regenta y ésta no puede moverse, no logra hablar. Me parece que aquí la nobleza, la calidad humana de la Regenta, se ha impuesto aunque sea tan solo por instantes en el espíritu de Mesía, ya que éste la respeta, y le habla de verdadero amor, con delicadeza; no es la conquista que avasalla, que destruye (eso vendrá después); la hasta ahora continencia de la Regenta ha impuesto sus reglas del juego y a ella se ha tenido que someter don Alvaro, a riesgo de perderla si no lo hacía (eso no hará sino más dura la venganza en don Alvaro, más cruel el abandono de la Regenta, más doloroso).

Y es la tarde del último día en el Vivero de los Vegallana, cuando don Alvaro consigue los supremos favores de la Regenta. Su relación, de aquí en adelante será de entrega absoluta, incondicional, plena de amor por parte de la Regenta; Don Alvaro " por su parte se confesaba todo lo enamorado que él podía estarlo de quien no fuese don Alvaro Mesía. Después del presidente del Casino ningún ser de la tierra le parecía más digno de adoración que su dócil Ana, su Ana frenética de amor, como él había esperado siempre..." (p. 616.) Sostiene Mesía como podemos advertir una relación nar-

cisista con Ana; si llega a quererla es por la imagen adorable que ella le devuelve de él mismo; ya en el final de su juventud necesita como nunca alicientes y en esos momentos es cuando conquista a la más alta dama, la más virtuosa, la más bella de toda la comarca. Es por eso que su corazón orgulloso, su orgullo satisfecho la adora; pero más que adorarla, la necesita es Ana un magnífico paliativo a su incipiente decadencia. No, para mí, don Alvaro no ama a Ana; no es amor el que da migajas, desperdicios de su mesa y además las regatea; el que se ve con gran satisfacción reflejado en el otro, antes de recrearse con él, con sus riquezas, con sus misterios.

Don Alvaro empieza a ver su decadencia física inevitable y huye; huye como un vil cobarde sin dar explicaciones al ser amado. La postración en que deja a Ana aunada a la muerte de don Víctor, el abandono del Magistral, es miserable, como ha sido la vida toda de esta mujer.

CONCLUSIONES

Muy poco tengo que añadir a lo ya dicho a lo largo de esta tesis. Sólo me resta decir que hice esfuerzos apreciables por desprenderme de los protagonistas para poder juzgarlos imparcialmente y no creo haberlo logrado; en muchas ocasiones me sentí comprometida con su suerte y pensando inconscientemente en alguna solución para ayudarles, comprenderles; en todo momento los sentí seres humanos palpitando de vida, de angustia, de amor; movidos por las pasiones más humanas, más reales, los juzgué, los condené, los comprendí, sufrí con ellos. Reconocí en el Magistral por ejemplo una talla gigantesca, un ser humano, roto, destruido, aniquilado por las exigencias de su madre a quien a su vez la sociedad había exigido el sacrificio de todo a cambio de nada, de una vida miserable. Su condición de sacerdote le hace trágico. Don Víctor es todo un caso patológico, me causa lástima pero esto no lo justifica. Don Alvaro es repugnante, odioso, quizá porque lo estamos viendo lleno de lacras espirituales, Y, la Regenta, ¿ qué puedo decir de ella ?

Un ser que es víctima expiatoria de los crímenes de la sociedad; es ésta quien la corrompe, quien jamás la comprende; nunca le dará las menores armas y exigirá de ella las más formidables batallas. Un ser que se siente predestinado y creo lo está hasta

cierto punto; sus avances hacia los otros siempre serán equívocos, establecerá o encontrará en los demás algo bien distinto de lo que está buscando. En lugar de un padre encuentra un amigo que sólo la desorientará; se casa y en vez de marido encuentra un padre; va hacia el sacerdote y despierta en él el amante; cede ante don Alvaro y éste resulta un narcisista incapaz de comprenderla que, si le descubre por un instante el mundo maravilloso del amor, después la sumerge en una profunda e irremediable soledad.

BIBLIOGRAFIA

- Alas, Leopoldo " Clarín " .- La Regenta .- Alianza Editorial, Madrid. 1969 . pp. 678.
- Alas, Leopoldo " Clarín " .- "Sú único hijo" .- Alianza Editorial, Madrid. 1966 . pp. 276 .
- Alas, Leopoldo " Clarín " .- Solos de Clarín .- Alianza Editorial. Madrid. 1971. pp. 368 .
- González Peña, Carlos .- " Adiós Cordera " en Florilegio de cuentos. Ed. Patria. México, D. F. 1958 . pp. 359 - 372 .
- Beser, Sergio.- Leopoldo Alas, Crítico Literario .- Gredos , Madrid. 1968. pp. 371 .
- Eoff, H. Sherman.- El pensamiento moderno y la novela española .- Seix Barral. Barcelona. 1965. pp. 273 .
- Alborg, Juan Luis .- Hora actual de la novela española .- Ed. Taurus, Madrid. 1963 . pp. 349 .
- Jiménez , Alberto .- Historia de la Universidad Española .- Alianza Editorial. Madrid. pp. 521 .